Una joven a la antigua

LOUISA M. ALCOTT

ZIG-ZAG NOVELA

Una joven a la antigua

Louisa M. Alcott

e- I.S.B.N.: 978-956-12-2874-0

1ª edición: febrero de 2016.

Versión abreviada: María Elena Gertner

Gerente Editorial: Alejandra Schmidt Urzúa.

Editora: Camila Domínguez Ureta.

Director de Arte: Juan Manuel Neira Lorca.

Diseñadora: Mirela Tomicic Petric.

© 1993 por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Inscripción Nº 87.294 Santiago de Chile.

Derechos exclusivos de la presente traducción

reservados por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Editado por Empresa Editora Zig–Zag, S.A.

Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.

Teléfono (56–2) 2810 7400. Fax (56–2) 2810 7455.

E–mail: zigzag@zigzag.cl / www.zigzag.cl

www.editorialzigzag.blogspot.com

Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo

ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio

mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia,

microfilmación u otra forma de reproducción,

sin la autorización escrita de su editor.

1

–Ya es hora de que te vayas a la estación o llegarás tarde –dijo Fanny, y al ver que su hermano la observaba desconcertado, agregó–: Sí, Tom, tendrás que ir solo. Es un día demasiado húmedo, ¿comprendes?

–¡No, no comprendo! –protestó él– Es una amiga tuya la que viene en ese tren, no un compañero mío.

–¡Tom, se arruinarán todos mis rizos si salgo a la calle con este tiempo! ¡Sé bueno y anda a buscar a Polly!

–¡Ni siquiera conozco a la tal Polly! –alegó Tom, levantándose del sofá, indignado.

–Es encantadora.

Tom sabía que no ganaba nada discutiendo con Fanny. Ella siempre conseguía imponer su voluntad, y mamá la apoyaría.

–¿Y cómo voy a saber quién es Polly, si no la he visto jamás?

–No te preocupes por eso, ella te reconocerá. Yo le he dado algunas descripciones de tu persona.

Él dio una mirada al espejo, que reflejó su pelo ensortijado y revuelto, su nariz roma, la chaqueta vieja y los pantalones arrugados como un acordeón. “Tal vez no sea tan difícil dar con la famosa Polly. Debe usar polisón y andará llena de rizos, como Fanny y sus amigas”, se dijo, mientras los prejuicios de sus catorce años en contra de las muchachas comenzaban a salir a flote.

Al llegar a la estación, creyó reconocerla de inmediato: era una jovencita muy elegante, vestida a la última moda, que miraba hacia distintas direcciones, buscando a alguien. Armándose de valor, se le acercó.

–¿Eres tú Polly Milton?

–¡No! –fue la respuesta cortante.

“Por lo visto no va a ser tan fácil hallarla”, reflexionó Tom. De pronto, escuchó unos pasos rápidos a su espalda. Al volverse, vio a una linda niña que le sonreía con cierta timidez:

–¿Tom? –averiguó.

–Sí. ¿Cómo adivinaste?

–Fanny me ha hablado de ti.

Mientras iban a tomar el coche de alquiler, Tom pensó que afortunadamente Polly no era lo que se entendía por toda una señorita. Además, Fanny no le había dicho que era muy bonita; que no se parecía en nada, ni en sus modales, ni en su forma de vestir, a las chicas de la ciudad.

En el momento en que el coche partió, Polly saltó en su asiento, riendo con la naturalidad de una niñita:

–¡Me encanta ir en este carruaje tan bonito! –exclamó– ¿Por qué no vino Fanny a esperarme?

–Tuvo miedo de que la humedad acabara con su peinado –contó Tom, con picardía.

–Menos mal que ni a ti ni a mí nos preocupa la humedad. ¡Te agradezco mucho que hayas venido a buscarme!

Efectivamente, el cabello castaño de Polly, sin ondulaciones artificiales, parecía resistente a cualquier clima. En un gesto espontáneo, él sacó la bolsa de maní que llevaba en su bolsillo y le convidó un puñado. Sin embargo, pese a que Polly los aceptó, Tom recordó de inmediato que Fanny encontraba una vulgaridad comer maníes, y, peor aún, ofrecérselos a una joven como si fueran chocolates. Avergonzado, se volvió hacia la ventanilla, fingiendo mirar hacia afuera.

–¿Ocurre algo? –averiguó ella.

–Sí, el cochero está bastante borracho –contestó–. Ojalá pueda controlar a los caballos.

–¡Dios mío! –exclamó Polly asustada– Por favor, Tom, bajémonos.

–No te inquietes –la calmó él, en tono protector–. Yo conduciré a los caballos y al cochero. –Sin decir más abrió la portezuela y se encaramó en el pescante. Allí continuó el trayecto, saboreando sus maníes y celebrando su propia travesura.

En cuanto llegaron a la casa, Fanny llevó a su amiga a la habitación que le tenía preparada en el segundo piso.

–¿Tuviste buen viaje? –indagó.

–Espléndido. Salvo que el conductor del coche que nos trajo desde la estación estaba ebrio. Por suerte tu hermano se hizo cargo de la situación y cogió las riendas.

–¡Mentiras de Tom! –aseguró Fanny– Te inventó esa historia para venirse en el pescante, lejos de ti.

–No lo creo. Fue muy gentil conmigo.

–¡No lo conoces! Es rudo e impertinente, igual que sus amigos. Le encanta molestar a las chicas con bromas desagradables.

Ante semejantes advertencias, Polly decidió mantenerse a considerable distancia de Tom.

Después, las amigas conversaron especialmente de los dos temas que más preocupaban a Fanny: su belleza y estar a la moda. A propósito de esto, prometió ocuparse de arreglar a Polly, para que sus amistades no la encontraran rara y se rieran de ella. La verdad era que, mirándose las dos en el espejo, Polly consideraba que la única rara era Fanny, con ese peinado tan elaborado, el traje largo, el polisón, los grandes aretes, el medallón y las manos cargadas de anillos.

–¿Y cómo quieres arreglarme para que no cause risa? –preguntó.

–En primer lugar, no debes vestirte como niñita –contestó Fanny–. Ese vestido y esas botas están bien para mi hermanita Maud, lo mismo que tu pelo. ¡Ya cumpliste catorce, y a esa edad, acá se es una señorita!

–Yo no sabría cómo andar si me pongo un vestido tuyo –confesó Polly–. ¿Nunca

te olvidas de levantarte la falda para subir por una escalera? ¿Y de qué manera te acomodas ese cojín que llevas sobre el trasero al sentarte?

Antes de que Fanny le respondiera, se oyeron unos fuertes gritos, acompañados de un llanto no menos estridente. La puerta se abrió con violencia y entró una niña de unos siete años, que se lanzó a los brazos de Fanny:

–¡Tom se está burlando de mí! –sollozó.

–Habrás hecho algo para que se burle...

–Dije que anoche, en la fiesta, nos dieron una crema muy fría, y que yo calenté la mía en la estufa.

–¡Esos eran helados, Maud! –explicó Fanny, calmando a su hermana.

Polly pensó que Tom era definitivamente un muchacho terrible, y deseó que no estuviera en el comedor a la hora de la cena. Pero estaba. Estaba mirándola fijamente todo el tiempo.

El señor y la señora Shaw, los padres de Fanny, la saludaron muy amablemente, le hicieron algunas preguntas sobre el viaje, y luego se olvidaron de ella. Fanny no paró de hablar ni un momento, en tanto que Maud no cesó de revolverse en su silla, hasta que Tom anunció que la metería en el horno, como un asado, lo cual produjo otro estallido de llanto de la niñita. Lo cierto es que Polly sintió que no era una cena agradable y se alegró cuando abandonaron el comedor y pasaron al salón. También experimentó cierta sensación de descanso cuando Fanny le pidió disculpas por dejarla sola unos momentos.

Lentamente fue examinando cada uno de los hermosos objetos que la rodeaban, mientras, con voz muy suave, entonaba una canción. Fue entonces cuando entró la abuela: una anciana de aspecto bondadoso, que tomó asiento en una butaca, escuchando complacida.

–¡No dejes de cantar! –pidió– Es una canción bellísima. Cántala para mí.

Conforme a la educación que había recibido, Polly consideraba un deber complacer a los mayores, así es que fue hasta el piano y ejecutó aquel tema musical, al mismo tiempo que cantaba con voz dulce y armoniosa. La abuela aplaudió, entusiasmada, exigiendo una nueva melodía, y Polly interpretó

diversas canciones antiguas. Quizás habría seguido haciéndolo, si de pronto, al finalizar una de ellas, no hubiera aparecido aquella cabeza roja que se ocultaba tras el respaldo de un sofá:

–¡Qué canción tan bonita! ¡Cántala de nuevo!

Polly se volvió sorprendida:

–¡No, no puedo! –exclamó– ¡Estoy cansada!

Tom desapareció como por arte de magia, sin agregar nada.

“He sido muy antipática con él”, reflexionó Polly.

La abuela la arrancó de sus pensamientos:

–No te sientas incómoda si te observo demasiado –dijo–. Lo que pasa es que hace demasiado tiempo que no veo a una niña, y me agrada mirarte.

–¿Y Fanny, y Maud?

–¡Oh, no! Ellas son mis nietas y las quiero. Sin embargo, ninguna de las dos es lo que yo considero una niña. Desde hace dos años a esta parte, Fanny se transformó en una señorita a la moda, y Maud es una pobre criatura malcriada. –La abuela observó a Polly con ternura–: Tu madre sí que ha sabido educarte, como se hacía en mis tiempos –afirmó–. Entonces, las chicas de catorce años no se disfrazaban de mujeres elegantes ni iban a fiestas de gente mayor. Nosotras estudiábamos, jugábamos, aprendíamos a cocinar, a hacer el pan, respetábamos a nuestros padres y eramos realmente niñas.

–Sí, así me han educado a mí –reconoció Polly.

En ese instante entró Fanny, diciendo que estaban invitadas para ir al teatro esa noche. Polly no ocultó su alegría. Ella había asistido a contadas representaciones teatrales, basadas en cuentos de hadas e interpretadas por actores aficionados. Esta oportunidad de aplaudir a verdaderos profesionales la entusiasmaba.

Lamentablemente, ese espectáculo, que al principio la encandiló, con todas aquellas parejas bailando y cantando en el escenario envuelto en una profusión de luces, adquirió repentinamente otro aspecto. Principió a entender el lenguaje

vulgar que se usaba en las canciones, y si era demasiado ingenua para captar el doble sentido de los chistes, las risotadas y los comentarios del público le chocaban profundamente. Cuando las coristas aparecieron ligeras de ropas, bailando con desenfado y haciendo guiños a los espectadores, no despegó los ojos del programa. A las preguntas que le hizo Fanny, a propósito de su actitud, solo pudo responder que esas mujeres le provocaban vergüenza y que ese no era un espectáculo para niñas. Fanny se rió y le dijo que era una tonta, que las coristas eran excelentes y que esto era lo que se usaba en París.

Esa noche, Polly tuvo un sueño que la llenó de angustia: se veía danzando en medio de un escenario muy iluminado, ataviada igual que las coristas. Al mirar hacia la platea, descubría que todos los asistentes tenían los rostros de su padre y de su madre, y que observaban con expresiones de profundo disgusto y tristeza.

2

Dos días más tarde, mientras terminaban de desayunar, Fanny le indicó a Polly que subiera a arreglarse, porque irían a la escuela donde ella tomaba clases de francés. Polly preguntó si no estaba correctamente vestida, y Tom se largó a reír, diciendo que le faltaban muchos detalles importantes, como el postizo.

–¿Qué es eso? –indagó Polly.

–Un enorme mechón de pelo ajeno que cuelgas en tu cabeza –explicó él, riendo todavía.

Después, en tanto que Fanny se acicalaba para salir, Polly no apartó los ojos de ella:

–¿Por qué tienes que ir tan elegante? –averiguó.

–Generalmente nos vamos de paseo al final de las clases, y nunca se sabe con quién nos podemos encontrar, así es que conviene ir bien vestida. Todas las chicas cuidan mucho de su apariencia. Tú deberías hacer lo mismo –advirtió–. Ponte tu traje más bonito y tu mejor sombrero. ¡Y, por lo que más quieras, no seas tímida! Eso causa mala impresión.

Pese a estas recomendaciones, Polly no pudo evitar la sensación de desconfianza que solía dominarla, cuando entraron en aquella sala llena de señoritas, que competían unas con otras en elegancia. Todas se hallaban sentadas en torno a una larga mesa, en tanto que esperaban al maestro de francés. Fanny y Polly se unieron al grupo. Las chicas comían caramelos, y hablaban, arrebatándose las palabras de los labios, sobre asuntos que a Polly le eran totalmente desconocidos: novelas de amor e historias sentimentales de la vida real, sobre las que se tejían infinidad de comentarios. Entre estas últimas, el romance de una colegiala que se había fugado con su profesor de música.

Por fin, la llegada de Monsieur las obligó a abandonar aquella charla en que, por cierto, Polly no participaba. Las jóvenes contestaron preguntas, escribieron

ejercicios, y leyeron varios trozos en la lengua de Molière, mientras Monsieur se afanaba por que lograran una pronunciación correcta. Durante el recreo, algunas chicas salieron al jardín, donde se pasearon tomadas del brazo, y otras retomaron los temas que las apasionaban, y que a Polly le producían una mezcla de temor y desconcierto.

Más tarde, ciertas alumnas pasaron a otra sala, a recibir lecciones de piano. Fanny y dos compañeras, llamadas Belle y Trix, decidieron almorzar en una confitería próxima. Polly fue con ellas, aunque no llevaba más dinero que para un trozo de pastel de manzanas. Fue en esa confitería donde se les acercó un caballero de baja estatura y rostro juvenil, con el cual Fanny anunció que iría a dar un paseo.

Sin saber qué hacer, Polly los siguió a cierta distancia, hasta que Fanny recordó que era una señorita bien educada, y la invitó a visitar una galería de arte. Allí, le propuso que aprovechara de conocer los cuadros, mientras ella y su acompañante conversaban.

Una y otra vez, recorrió Polly las salas de exposición de la galería, tratando de interesarse en cada una de las obras que colgaban de las paredes, antes de que Fanny y el joven caballero se despidieran. Cuando lo hicieron la joven prometió no faltar al concierto.

En el camino de regreso, Fanny introdujo una mano en el manguito de Polly, oprimiendo las de ella:

–No hagas ni el menor comentario sobre Frank Moore –recomendó–. Papá haría un escándalo si se entera. Por lo demás, a mí no me interesa, y a él le gusta Trix.

–¿Y por qué va de paseo contigo?

–Él pretende darle celos conmigo, ¿entiendes?

No, una vez más Polly no entendía. Esta clase de juegos y enredos no encajaban dentro de su manera clara y recta de pensar. No obstante, prefirió no hacer más preguntas.

Todas las chicas asistirían al concierto de esa tarde. Sin embargo, cuando la abuela averiguó quién acompañaría a Fanny, ella se limitó a contestar que iría con Polly, sin nombrar a nadie más. La abuela pareció contenta, y les deseó que

disfrutaran de la música.

Fanny se cambió de ropa y se puso más elegante que en la mañana, pero en cuanto salió a la calle volvió a inquietarse por su peinado, su sombrero y otros accesorios.

–¿Qué te pasa? –preguntó Polly.

–¡Cállate! Ahí viene Gus, el hermano de Belle –susurró Fanny, al mismo tiempo que le sonreía al joven que se aproximaba.

Gus las saludó y se puso a caminar al lado de Fanny. Así llegaron al local donde se ofrecía la sesión musical. Este se encontraba muy concurrido, en especial por gente joven. Lamentablemente, muy pronto Polly descubrió que la mayoría de esas personas no se entregaban al placer de escuchar la música, ya que un zumbido permanente de susurros envolvía la sala. Este zumbido crecía como una ola en los entreactos, que los jóvenes caballeros aprovechaban para contar los últimos chismes de moda, y a veces era interrumpido por la risilla aguda y nerviosa de una señorita.

El concierto terminó al anochecer, y Polly respiró, aliviada, al ver que un carruaje de la familia había venido a buscarlas.

–¿Te divertiste? –averiguó Fanny.

–Me costó concentrarme –confesó Polly–. Para oír música hay que guardar silencio.

–¿Y cuál de los jóvenes te gustó más? ¿Frank, Gus, Sydney...?

–Sydney me pareció agradable. Fue el único que me prestó atención, y solo me habló en un intermedio para referirse a un tema musical. A los demás no los hallé muy bien educados.

–Lo que pasa es que te creyeron una niñita. Es lo que pareces por tu forma de vestir y de actuar. Pero no te molestes con mis amigos; yo me encargaré de que se porten mejor la próxima vez que salgamos –aseguró Fanny, y sonriendo en forma despectiva, agregó–: ¡Lo que me extraña es que no te quejes de la mala educación de Tom!

–Él es un muchacho, y se comporta como muchacho.

Fanny no alcanzó a responder, porque el canto estridente de un gallo resonó en el interior del coche.

–¿Qué es eso? –gritó Fanny, dando un salto– ¡Oh, es Tom!

Efectivamente, Tom apareció desde debajo de uno de los asientos desocupados, y se sentó frente a ellas, atacado de la risa.

–¿Qué tal, chicas? –dijo.

–¿Oíste todo lo que conversamos? –indagó Fanny, alterada.

–¡Claro que sí! Y pienso qué irá a decir papá cuando sepa que andas con esos amiguitos.

–¡Tom, papá no debe saber nada! Haré un trato contigo –propuso su hermana–. No es mi culpa que esos jóvenes vinieran al concierto.

–¿Qué clase de trato? –inquirió él.

–Te ayudaré a conseguir lo que le pidas a papá, y Polly me ayudará. ¿Verdad?

–Yo no tengo nada que ver en este asunto, y todo lo que haré es quedarme callada –declaró Polly.

–¿Y es muy importante lo que debes callar? –averiguó él, poniéndose serio.

–Para mí sí, porque yo no podría engañar a mis padres.

–¿Vas a decirnos que les cuentas todo?

–Todo. Por eso no tengo problemas con ellos.

Al llegar a la casa, Tom ayudó muy gentilmente a bajar del coche a Polly, mirándola como a una persona que inspira respeto.

3

Decididamente Polly se encontraba en un mundo extraño, y principió a arrepentirse de haber realizado ese viaje. No tenía más ocupaciones que andar por las calles mirando escaparates, conversar sobre frivolidades y leer novelas de amor. Sin embargo, reconocía que estaba impresionada por el lujo que la rodeaba, y entre las muchas cosas que le costaba entender, estaba la razón por la cual la familia Shaw no era una familia feliz. ¿En qué residía lo malo, lo que no funcionaba?

Las amigas de Fanny le producían una invencible desconfianza. Siempre hablaban de asuntos que no le quedaban claros, y que, explicados por Fanny, solían escandalizarla. Esto motivó que se acercara a Maud, aunque la niñita imitaba en todo a los mayores que la rodeaban, llegando al extremo de sufrir de los nervios, igual que su madre. No obstante, Polly le relataba cuentos de hadas, jugaba con ella, y de este modo logró conquistarla plenamente.

En lo que se refería a Tom, había llegado a estimarlo, pese a que seguía haciéndole algunas bromas pesadas, como agarrarle un pie cuando iba subiendo las escaleras, o aullar como lobo desde algún rincón oscuro, provocándole diversos sobresaltos. El muchacho le parecía muy abandonado. La madre solo prodigaba su ternura a las niñas, y el señor Shaw, aparte de criticarlo, no manifestaba mayor interés por su hijo. En cuanto a las hermanas, no tenían más que reproches y quejas para Tom. La única que lo defendía y lo mimaba era la abuela, y, aunque él fingía esquivar las demostraciones de afecto de la anciana, en el fondo correspondía su cariño. Por otro lado, la abuela también se hallaba bastante olvidada y sola.

Como la falta de ejercicio de aquella vida que transcurría en los salones, o sobre las ruedas de un carruaje, desesperaba a Polly, a veces se escapaba a dar una caminata por el parque; a ver las competencias de los chiquillos en sus trineos, o las batallas con bolas de nieve. Así fue cómo una tarde muy fría, en que observaba a varios niños resbalando por una cuesta nevada, escuchó a unas niñitas que se lamentaban porque la pendiente era demasiado empinada, y les daba miedo el descenso.

–Préstenme el trineo –propuso Polly–. Yo las bajaré sentadas sobre mis rodillas.

Las pequeñas aceptaron, y Polly se lanzó feliz cerro abajo. Una a una fue llevando a las niñas, que la miraban como si fuera un ángel. Después de acarrearlas a todas, subiendo y bajando, escuchó un silbido que reconoció al instante.

–¿Qué diría Fanny si te viera? –preguntó Tom.

–No sé, y no me interesa.

–Entonces, descendamos juntos. Yo te seguiré.

–No puedo. La niñitas tienen que irse, y se llevarán el trineo.

–En ese caso, ven en el mío.

Polly se instaló en el trineo de Tom, y se deslizaron velozmente por la cuesta. En aquel lugar, en medio de la naturaleza, sin nada ficticio entre ellos, el muchacho mostraba un aspecto totalmente distinto de su carácter, franco y entusiasta. A su vez, Polly se veía libre de toda timidez o recelo, y actuaba con absoluta espontaneidad, comunicando una alegría contagiosa. Conversando, riendo, paseando en el trineo, se les fue la tarde y comenzó a anochecer.

Cuando entraron en el comedor, ya estaba toda la familia reunida. El señor Shaw encontró que las mejillas de Polly tenían un color muy saludable, pero Fanny observó que también tenía la nariz roja. Al preguntarle a Tom en qué se entretuvo hasta esa hora, él respondió que había salido a disfrutar de la nieve en su trineo, pero Maud agregó algo más.

–Sí, Tom y Polly se estaban lanzando desde el cerro –contó–. Yo los vi cuando volvía del colegio con Blanche.

Esto bastó para que Fanny se alterara. Consideró incalificable el comportamiento de Polly, y declaró que se moriría de vergüenza, si alguna de sus amigas la había visto.

–Solo me vio Tom y unas niñitas –se defendió Polly–. Por lo demás, es algo que mi madre me permite, y no veo nada malo en ello.

–Por supuesto que no, y podemos ir en el trineo todos los días –la apoyó Tom–. ¿Verdad que sí, abuela?

Antes que la abuela diera su opinión, la señora Shaw emitió la de ella, que fue tajante:

–En un pueblito como el tuyo, Polly, se pueden hacer muchas cosas que aquí no son bien miradas –puntualizó.

–¡Eres una pícara! –susurró Fanny en el oído de su amiga– Lo que pasa es que estás coqueteando con Tom.

Esta suposición indignó a Polly. Se mantuvo en silencio por el resto de la cena, y en seguida pidió permiso para retirarse a su habitación. Tom la alcanzó en la mitad de la escalera:

–¿Iremos mañana a ...?

–No –lo interrumpió ella–. A tu madre le disgusta.

–Estoy seguro de que esa no es la razón –advirtió él–. ¡Dime la verdad, Polly! ¿Qué te hizo cambiar tan de repente?

–No puedo decírtelo. Perdóname.

–Me desagrada la gente cobarde –afirmó Tom, con tono desafiante.

–¡Yo no soy cobarde!

–¡Lo eres, desde el momento en que te da miedo lo que piensen de ti los demás! –exclamó él– ¡Yo creí que eras distinta a las otras chicas!

Tom dio media vuelta y bajó la escalera. Polly se encerró en su dormitorio. Se sentía humillada y muy triste. Aquel mal pensamiento de Fanny lo había echado todo a perder, porque ella era incapaz de esos juegos. El amor era algo muy serio y respetable para Polly, y jamás se le había pasado por la mente eso de coquetear, que parecía ser una diversión más de Fanny y sus amistades.

A partir de esa noche, Tom se apartó de Polly, y pareció ignorarla. Ella se refugió más que nunca en la amistad de la pequeña Maud, con la que jugaba a la

escondida, a las muñecas o saltaba a la cuerda. Pero existía algo que la hacía sentirse muy inconfortable, y era lo simple y anticuado de su vestuario. A pesar de que nadie se lo decía, Polly sabía que se hacían comentarios al respecto, y le molestaba llamar la atención precisamente por vestir en forma exageradamente sencilla. Le escribió a su madre, pidiéndole autorización para transformar sus vestidos, asemejándolos un poco a los trajes de Fanny, y la respuesta fue negativa. La mamá le recordó que era mejor que la gente la apreciara por sus propios valores, y no por sus ropas; que un corazón en paz y un rostro alegre eran adornos más valiosos que los que se encargaban a París. Junto con la carta recibió un relicario con los retratos de papá, por un lado, y mamá, por el otro. Polly lo colgó de su cuello, y nunca se olvidó de besarlo antes de dormir. Tampoco echó al olvido aquello de mantener el rostro alegre y el corazón en paz.

Sin embargo, cedió a una tentación: se compró un par de botas doradas. Tanto insistió Fanny, usando los más variados argumentos para convencerla, que lo consiguió. Gastó así, en menos de una hora, los diez dólares con los que pensaba adquirir distintos regalos para su familia. Fanny le aconsejó no preocuparse, ya que la solución era recurrir a la abuela, quien le enseñaría a confeccionar diferentes objetos. Efectivamente, la abuela le prestó toda su ayuda, y hasta le proporcionó materiales. Pero, por muy bonitos que resultaran aquellos regalos confeccionados por sus manos, no podrían reemplazar el libro para papá, ni el bolso para mamá, ni la pelota para Will, ni los patines para Ned. Polly se sintió profundamente egoísta, y reflexionó acerca de lo que significaba ceder a la tentación. Aquellas botas doradas pesaban sobre su conciencia.

4

El señor Shaw demostraba gran simpatía por Polly. Le encantaban sus modales simples y respetuosos, su disposición para hacer pequeños favores en todo momento, e íntimamente deseaba que Fanny se le pareciera. Una noche, cuando las dos jóvenes iban a acostarse, Polly se despidió dándole un beso a la abuela. Esto motivó la risa de Fanny:

–¡Qué infantil eres! –exclamó– Ya no estamos en edad para despedirnos así.

–La edad no es un impedimento para besar a los padres o a los abuelos –respondió Polly.

–Tienes toda la razón –aseguró el señor Shaw, estrechando las manos de la niña y mirándola con sincero afecto.

–Siempre pensé que a ti no te agradaban esas demostraciones de cariño, papá –murmuró Fanny, sorprendida.

–Significa que siempre te has equivocado –dijo él–. A todo el mundo le gusta sentir que lo quieren.

Fanny lo abrazó y lo besó. En el fondo, ella amaba mucho a su padre.

La señora Shaw era una mujer prácticamente inválida a causa de sus nervios. Su carácter variable la hacía necesitar diferentes cosas a cada rato. Por lo tanto, Polly se dedicó a servirla y complacerla en sus caprichos, hasta llegar a serle indispensable. También dedicó tiempo a la abuela, acompañándola en sus habitaciones, otorgándole momentos de alegría, y recibiendo de ella grandes enseñanzas.

Tom era el único con quien no había vuelto a lograr un acercamiento. No obstante, Polly no perdía las esperanzas de hallar una ocasión para ser su amiga. Esta se produjo una noche, en que ella pasó casualmente frente a la biblioteca, y vio a Tom allí, contemplando con fastidio un alto de libros. Polly le preguntó si

se trataba de un lección muy difícil. La respuesta del muchacho fue descargar un puñetazo sobre un texto de latín. Polly le propuso de inmediato que le permitiera ayudarlo. Y, aunque él se opuso, argumentando que las chicas no sabían de esas cosas, Polly insistió. Ella había estudiado latín junto a su hermano Jimmy, y no era ignorante en la materia. Finalmente Tom cedió, y se dedicó con gran tesón a sus lecciones, hasta dominarlas perfectamente. Después probaron con el álgebra, en la que él aventajaba a Polly, y decidieron seguir estudiando juntos.

–¿Así lo haces con tu hermano Jimmy? –averiguó Tom.

–Lo hacía –rectificó ella, dejando de sonreír–. Jimmy está muerto.

A la noche siguiente retomaron las lecciones, y en un momento de descanso, Tom se quejó de que su padre no lo quería. Polly rebatió aquella idea, asegurándole que solo imaginarlo era un disparate.

–Tengo mis razones para pensar así –se lamentó Tom–. ¿Te has dado cuenta de que a mis hermanas mi padre les regala todo lo que piden? A mí, en cambio, prometió comprarme un velocípedo, si mejoraba mis notas, y no ha servido de nada que me haya esforzado y obtenido calificaciones excelentes. Yo no existo para él.

–Tu deber es estudiar sin esperar recompensas –murmuró ella.

–No, Polly, no es eso. Si a mi papá le importaran mis progresos, es posible que yo me olvidara de ese regalo. Pero a él no le interesa nada mío. Por ejemplo, yo me aprendí La Batalla del Lago Regillus, porque a mi padre le gustaba, y cuando supo que lo recité en el colegio, ni siquiera se enteró de todas las felicitaciones que recibí.

Polly no dejaba de encontrarle razón, y para animarlo, le rogó que declamara aquel poema para ella. Tom comenzó a recitar sin mucho entusiasmo; sin embargo, el sonido de su propia voz le fue dando bríos, y finalizó en forma brillante. Ella lo aplaudió calurosamente. Los dos se volvieron hacia la puerta, al escuchar que alguien más aplaudía desde allí. Era el señor Shaw, que estaba detenido en el umbral, y había oído las quejas de Tom con respecto a él.

–Excelente, Tom –dijo–. Puedes llegar a ser un magnífico orador. Confía en que iré a escucharte la próxima vez que recites.

–Gracias, papá –susurró Tom, emocionado.

–Mañana podrás estrenar tu velocípedo –añadió el señor Shaw.

Al día siguiente, Tom fue dueño de aquel vehículo con el que tanto había soñado, y, en pocos días, llegó a manejarlo con mucha destreza. No obstante, una tarde en que Polly lo observaba bajar, a gran velocidad, por la calle que bordeaba el parque, un perro se atravesó inesperadamente en el camino. Por esquivar al animal, el muchacho fue a dar violentamente contra la cuneta.

Polly no sospechó la gravedad del accidente hasta que vio a Tom bajo las ruedas del pequeño vehículo, intensamente pálido, con un tajo en la cabeza del que manaba sangre. Ayudada por algunos vecinos, la niña lo hizo trasladar a la casa. En seguida mandó llamar al médico. La madre y la abuela habían salido, y Fanny estaba donde la modista; así es que ella era la única que podía tomar decisiones. Por suerte, el doctor no demoró en acudir, pero cuando pidió que alguien le sirviera de ayudante para suturar la herida, la mucama y la cocinera se aterraron, y Polly fue la única dispuesta a cumplir esta tarea.

–¡Eres maravillosa! –musitó el muchacho, mientras ella le sonreía, tratando de infundirle ánimo.

Tom necesitó quedarse en cama durante más de una semana, y el mundo entero, en el hogar de los Shaw, giró en torno a él. El médico había dicho que si el golpe recibido en el parietal hubiese fracturado el hueso, el joven habría estado en serio peligro de morir en el accidente. El haberse hallado tan cerca de perder a Tom, hizo reaccionar a la familia, manifestando los sentimientos que acallaban; todos extremaron su cariño y devoción por el enfermo.

No obstante, aquel período de paz y armonía sufrió algunos altibajos con el tiempo. Con razón la abuela estaba muy asombrada por la cortesía y el respeto que reinaban entre los jóvenes.

Todo comenzó con lo que Fanny calificó como “la estupidez de Polly”. Ésta se hallaba en el hall, ayudando al señor Shaw a quitarse el abrigo, cuando entró la mucama con un lindo ramo de rosas. Polly lo recibió, dio una mirada al mensaje escondido entre las flores, y las dejó sobre el arrimo. El señor Shaw sonrió con picardía, y comentó que no sabía que tuviera admiradores a tan temprana edad. Impulsada por su naturaleza honesta, Polly aclaró que las rosas no eran para ella, sino para Fanny. La expresión del señor Shaw cambió de inmediato, y se volvió

más grave cuando leyó los versos con que Frank Moore acompañaba el ramo.

–Anda a buscar a Fanny. Las espero en la biblioteca –comunicó.

No sirvió de nada que Polly tratara de disculpar a su amiga. El caballero abandonó la habitación sin oírla.

–¡Eres una estúpida! –le gritó Fanny cuando Polly le contó lo que acababa de suceder– ¡Una completa estúpida! ¿Qué te costaba dejar que papá creyera que el ramo de rosas era para ti?

–¡Habría sido una mentira!

–¡Callar no es mentir! ¡Lo que pasa es que eres una indiscreta, incapaz de guardar un secreto!

El señor Shaw las aguardaba en la biblioteca. Le había escrito una nota a Frank Moore, y anunció que esperaba que, después de recibirla, aquel petimetre se haría humo. No le parecía un joven recomendable, y no quería que se aproximara a su hija. Amenazó a Fanny con llevarla a un internado, si se enteraba de que seguía alternando con Moore.

Cuando las dos muchachas quedaron solas, Fanny se encolerizó con Polly, y la trató con tanta dureza, que la pobre estuvo por hacer sus maletas y regresar a su casa. Solo la detuvo pensar en las explicaciones que debería dar, lo cual, sin duda, traería más desagrados. Por este motivo, prefirió callarse y sobrellevar en silencio la gran pena que le causaba la actitud de Fanny. No obstante, las dificultades continuaron.

Esa misma tarde, Polly entró en el dormitorio de su amiga a buscar un libro que había dejado allí, y casi en seguida apareció Tom. Preguntó por Fanny, y Polly le contestó que estaba en el salón, con algunas amigas. Tom se paseó por la habitación, y, de pronto, se detuvo ante la cómoda de Fanny. Abrió los cajones, y por curiosidad comenzó a revolver los objetos que estaban guardados allí. En vano, Polly le rogó que no desordenara las cosas. Tom no le prestó atención, e inventó un nuevo juego que consideró muy gracioso: se probó collares y cintas, se puso polvos de arroz en la cara, los rizos postizos, y se vació encima el frasco de agua de colonia. Como si todo esto fuera poco, haciendo caso omiso de las súplicas y protestas de Polly, se vistió con el traje que Fanny había dejado sobre una poltrona, y dio el toque final a su disfraz con un sombrero de su hermana y

el manguito de armiño.

–¡Fanny no te perdonará jamás! –exclamó Polly.

–¡Qué importa! ¡Ven, bajemos al salón! –propuso él, riendo a gritos– Quiero ver las caras que ponen las amiguitas.

Polly reconocía que el aspecto del muchacho era divertidísimo, y de buenas ganas se habría largado a reír. Sin embargo, tenía miedo a la reacción de Fanny y a que surgieran más problemas.

–¡No, no te permitiré que hagas eso! –afirmó, y le puso llave a la puerta.

El temperamento arrebatado de Tom explotó apenas vio que ella apretaba la llave en su mano derecha.

–¡Dame esa llave! –ordenó.

–Siempre que no bajes a molestar a tu hermana y te saques esas ropas.

–¡Si no me la das, te la quitaré!

–Sería una cobardía que abusaras de tu fuerza.

Pese a su determinación de no dejarlo salir, la ira de Tom, en contraste con su facha, resultaba algo tan cómico, que Polly no aguantó más la risa. Pero esto, en vez de aflojar la tensión, activó más la furia de él. Sin reflexionar, aferró la muñeca de la niña, haciéndola dar un grito de dolor y soltar la llave.

–¡No quise hacerte daño! –murmuró, mientras ella abandonaba la habitación.

Lentamente, Tom se despojó del vestido y los adornos de su hermana, y puso todas las cosas en su lugar. Había perdido el ánimo de hacer bromas. Lo único que le interesaba era pedirle perdón a Polly.

Con este objeto se dirigió hacia el dormitorio de ella, pero solo encontró a Maud allí. La niñita estaba inspeccionando el baúl donde Polly guardaba los regalos para su familia. Segundos más tarde, entró Fanny, quien venía a recriminar, una vez más, a su amiga, pues se había enterado de que Frank Moore estaba muy ofendido por la nota enviada por el señor Shaw.

–¿Qué hacen ustedes aquí? –preguntó al ver a sus hermanos.

–Necesito conversar con Polly –contestó Tom.

–Y yo la estoy esperando para jugar con ella –dijo Maud.

Fanny hizo un gesto de impaciencia, y dirigió una mirada de soslayo a las ropitas para muñecas, confeccionadas con sobras de encajes; a los juguetes dados de baja, que Polly había reparado para sus hermanos menores; a las figuritas talladas en madera.

–¡Qué colección de baratijas! –comentó con desprecio.

–¡No te burles de las cosas que hace Polly! –protestó Maud– Ella sabe coser y bordar, y dibuja y escribe mejor que Tom. ¡Miren, aquí hay un libro en que ha escrito mucho, y ha llenado de dibujos.

Maud, que no sabía leer, colocó en su falda un álbum que llevaba por título: Diario de mi Vida.

Tom rió al observar un dibujo que lo representaba a él en el momento de su accidente, con el velocípedo encima y el perro ladrando. En la página siguiente había una caricatura de Fanny y Frank Moore. Luego un retrato de la abuela, realizado cuidadosamente, con un parecido muy bien logrado; más adelante, caricaturas de Trix y las demás compañeras de Fanny.

–¡Perfectas! –opinó Tom– Están tan ridículas como son en la realidad.

–No la admirarías tanto, si leyeras lo que dice aquí –dijo Fanny–. Escucha: “No me cuesta querer a Tom cuando se porta bien. Desgraciadamente, es algo que consigue por muy corto tiempo. Generalmente es poco respetuoso con sus padres, y tiene un carácter difícil”. ¿Qué me dices?

–Que mejor te enteres de lo que expresa más abajo –sugirió él, y leyó–: “No creo que Fanny y yo podamos continuar siendo amigas. Es dura y rencorosa. Le mintió a su padre, y no puede perdonar que yo no sea cómplice de sus mentiras. Siempre habla de cortesía, pero es muy descortés tratar a una invitada de la manera en que Fanny me trata a mí. Yo jamás me reiría de las ropas de una amiga, porque es pobre, ni la humillaría diciéndole que es rara y estúpida. Me iría de esta casa hoy mismo, si no existieran la abuela y el señor Shaw, a los que

quiero con todo mi corazón y no deseo causar molestias". Más abajo de aquellas líneas, la escritura aparecía borrosa. Era evidente que habían caído lágrimas en la página.

Fanny iba a decir algo a Tom, y no pudo, ya que, al levantar la vista, sus ojos se encontraron con los de Polly, que, inusitadamente, relampagueaban de furia.

–Maud nos mostró tu Diario, y estábamos mirando los dibujos –murmuró.

–¡Y también lo que he confesado en la más completa intimidad, y burlándose de mis regalos! –exclamó Polly– ¡Es lo más repugnante que pueden haber hecho! – Como si temiera agregar algo más, salió del dormitorio, con una expresión de desprecio y honda tristeza.

Fanny guardó el Diario dentro del baúl y cerró la tapa. Los tres hermanos estaban consternados; la pequeña Maud ni siquiera se atrevía a llorar. Finalmente, fue la arrogante Fanny quien lo hizo. Acusándose de ser culpable de todo, de haber sido cruel y egoísta, sollozó desconsoladamente.

Tom no se detuvo a calmar a su hermana, y salió en busca de Polly. Después de ir a las habitaciones de la abuela y recorrer toda la casa, pensó que la niña podía estar en el parque. Entonces se dirigió al cuartito, debajo de la escalera, donde guardaban las botas para la nieve. Al abrir la puerta, retrocedió, sorprendido: allí se encontraba Polly, ovillaba en el suelo, con la cabeza apoyada en las rodillas. No lloraba, pero él tocó suavemente sus mejillas húmedas, y oyó su respiración agitada.

–Perdóname, Polly –susurró. Y no se sintió humillado por pedir perdón; al contrario, comprendió que era la única actitud propia de un hombre.

Polly perdonó a Tom, y también a Fanny. Jamás se supo cómo se reconciliaron las dos amigas. Al principio derramaron muchas lágrimas, luego conversaron largamente y, por último, se las escuchó reír, como en los mejores tiempos.

Esa noche, Polly se fue a acostar tranquila y contenta, dando gracias a Dios por haber recobrado esa amistad que se había trizado, y por no tener ni resentimientos ni temores. Sin embargo, tuvo un pequeño sobresalto cuando escuchó que llamaban a su puerta. Fue a abrir, pero en el pasillo no vio a nadie. En el suelo halló un frasco azul, con un trozo de franela roja, y un mensaje:

“Querida Polly: el remedio que está en la botella es infalible para sanar los machucones. Hazte un masaje en la muñeca, y envuélvela con la franela. Te prometo que mañana estarás perfectamente. Siento en el alma haberte causado daño. Si realmente me has perdonado... ¿iremos a pasear juntos en trineo? Tom”.

5

Últimamente, Fanny, Maud y, a veces, Tom, solían acompañar a Polly a las habitaciones de la abuela, y escuchaban con interés las viejas anécdotas que iban brotando de sus recuerdos. La anciana dama solía abrir una antigua vitrina, permitiéndoles que admiraran los objetos guardados allí. Cada uno tenía su historia, y, entre estas, una de las que más gustaron a los jóvenes fue aquella de la almohadilla para alfileres y agujas.

El cuento se remontaba a los tiempos de la guerra de 1812, cuando el tío Joe, aprovechando una licencia de breves horas, llegó a la casa de su prometida, la tía Dolly, y le anunció que el sacerdote esperaba en la sala para casarlos de inmediato. Dolly, que estaba cosiendo en ese momento, no tuvo tiempo para cambiarse de ropa, y bajó con la almohadilla y las tijeras colgadas de una huincha en la cintura. Al marchar nuevamente hacia el frente, el tío Joe se llevó aquella almohadilla como recuerdo, y la guardó junto a su pecho. Más tarde, solía contarles a sus hijos que la pequeña almohadilla de su amada Dolly le había salvado la vida. Efectivamente, ella atajó la bala que debió recibir en el corazón.

Todo este acercamiento a la anciana lo había logrado Polly, y fueron muchas las horas alegres que los hermanos Shaw disfrutaron frente al fuego de la chimenea, en aquellos aposentos que antes nadie visitaba. Pero los días iban pasando rápido, y se aproximaba el de la partida de Polly.

–¿Por qué tienes que irte el sábado? –preguntó Fanny.

–Se acerca la Navidad, y lo que más quiero es estar con mis padres y mis hermanos para esa fecha.

–Yo tenía la esperanza de que compartirías con nosotros las fiestas navideñas y la llegada del Año Nuevo.

–No insistas, Fanny –dijo Tom–. Es natural que ella esté al lado de su familia. Mejor ocúpate de organizar la fiesta de despedida de Polly.

Sin pérdida de tiempo, se iniciaron los preparativos para la gran fiesta, y la más entusiasmada fue la propia Polly. No obstante, cuando la esperada noche llegó, no pudo evitar cierta decepción. Su vestido nuevo de muselina le parecía el más elegante que se podía tener, hasta que lo comparó con el maravilloso traje de seda color rosa de Fanny, de corte perfecto, lleno de vuelos y cintas. También Maud se veía preciosa con su túnica blanca, y ambas usaban valiosos collares, aretes y anillos. A su lado, Polly consideró que su vestimenta era decididamente infantil y pasada de moda. Sin embargo, la única que captó lo que ocurría fue la abuela. Cuando las tres chicas se presentaron ante ella, y Fanny preguntó cómo las encontraba, la anciana opinó que sus nietas se veían elegantísimas, pero que el vestido que más le gustaba era el de Polly, ya que era exactamente el indicado para su edad. Además, afirmó que le agradaba mucho que Polly hubiera cumplido la promesa hecha a su mamá, de no usar ropas ajenas ni joyas prestadas.

–Las niñas como tú, querida –le dijo–, no requieren más adornos que los que a ti te hacen resplandecer esta noche: tu modestia, tu juventud y tu natural belleza.

–Polly es tan bonita, que da lo mismo lo que se ponga –añadió Tom, observándola con admiración.

El señor Shaw le pidió a su hijo que distribuyera los ramilletes que debían llevar las niñas. Éste obedeció, entregando el más suntuoso a Fanny, el más alegre y colorido a la pequeña Maud, y el más fino y delicado a Polly.

Los primeros en acudir fueron los tres mejores amigos de Tom, muy tiesos dentro de sus trajes y sus zapatos nuevos, y algunas niñitas convidadas especialmente para entretener a Maud. Luego fueron haciendo su entrada los jóvenes caballeros y las refinadas señoritas.

Cuando estaba a punto de iniciarse el baile, Fanny le ordenó a Tom que fuera el primero en invitar a bailar a Polly. Él se resistió, como si fueran a llevarlo a una sala de torturas, pero su hermana fue inflexible. Por último lo convenció, apelando a la promesa que habían hecho de ser gentiles con Polly, y lograr que regresara feliz a su casa. Como si bailar no fuera suficiente, lo conminó a ponerse los guantes, como correspondía a un caballero.

–¿Quiere hacerme el honor de concederme este baile, señorita Milton? –preguntó Tom, haciendo una reverencia.

–Por supuesto –contestó ella, riéndose–. Pero dime a qué estás jugando.

–A portarme como un caballero –contestó él–. Y ahora sujétate firme, porque no tengo la menor idea de bailar.

Era cierto. Tom zarandeó a Polly, la pisó, chocó con otras parejas, y estuvieron a punto de caerse. Por fin la dejó en una silla, y partió en busca de uno de sus amigos para que lo reemplazara. Pero en cuanto se alejó, el joven señor Sydney, que era el mejor bailarín que había en la fiesta, se aproximó a Polly para pedirle que bailara con él. Esta vez la danza resultó excelente, y todos pudieron ver a la niña girando etéreamente por el salón, guiada por el más elegante y distinguido de los jóvenes.

Después, Polly ya no tuvo momentos de descanso. Todos querían bailar con ella, y, como le encantaba hacerlo, se incorporó al entusiasmo general con sincera alegría. El baile podría haber continuado indefinidamente, si no se hubiera anunciado la cena, y fue ese el momento en que volvió a ver a Tom.

–Ven conmigo –le indicó, como si le comunicara un secreto, guiándola por el largo pasadizo que iba desde el comedor a la cocina–. Esta es la cueva de una banda de ladrones, de la que yo soy el jefe.

Asombrada, Polly vio que allí, junto a un mesón repleto con tortas y los platos más exquisitos, se encontraban los amigos de Tom. Cada vez que un sirviente pasaba con bandejas hacia el comedor, ellos se apropiaban de lo que era más grato a su paladar, disfrutando mucho más que el resto de los invitados. Polly fue incorporada al grupo, y realmente se divirtió compartiendo con los muchachos ese banquete íntimo, sin estiramientos ni modales refinados, en el que todos comían y reían felices.

Sin embargo, al regresar al salón, repentinamente se quedó sola junto al ventanal, contemplando a las parejas que bailaban; entre estas, Sydney con una jovencita lujosamente ataviada. Entonces, Polly se confesó a sí misma que deseaba esos vestidos, esas joyas y una casa con un gran salón. Con fuerza desechó aquellos pensamientos, y, con pena, comprendió que un sentimiento hasta ahora desconocido acababa de tocar su corazón. Era un sentimiento negativo, que se llamaba envidia.

Cuando se marcharon los últimos invitados, Fanny le preguntó si le había gustado la fiesta.

–Me encantó –respondió Polly, y después de una pausa agregó, reflexionando–: Pero no quisiera ir a otras.

–No te entiendo. ¿Por qué no?

–Porque no quiero envidiar nunca a nadie. Por eso es una suerte que me vaya mañana.

Al día siguiente todos le demostraron más que nunca su afecto. El señor Shaw le rogó que volviera a visitarlos por unos días cada invierno.

–Te necesitamos, Polly –le dijo–. Tú trajiste alegría y dulzura a esta casa, y espero que eso perdure después de tu partida.

La abuela y Fanny le pidieron que les permitiera arreglarle el baúl, cosa que la niña aceptó, sospechando que iban a esconder alguna sorpresa para ella, ya que había advertido que Maud ocultaba algo en su delantal, y Tom entraba y salía del dormitorio de su madre en forma misteriosa.

Aquella sospecha no era falsa. Sin embargo, si Polly hubiese adivinado lo que llevaría entre su modesto equipaje, hubiera llorado de emoción. Cada uno de aquellos pobres regalos para su familia, de los que Fanny se burlara en una oportunidad, habían sido reemplazados por objetos finos y hermosos. Y quizás no habría cenado tan tranquilamente, de haber sabido que también para ella iba un obsequio: un pequeño reloj de oro, con sus iniciales grabadas, colgando de una delicada cadena.

Todos se despidieron con abrazos y besos. Fanny, Tom y Maud fueron a dejarla a la estación. Pero la despedida del muchacho fue la más emotiva. Esperó a que Polly estuviera ya instalada en su asiento, y en el momento en que el tren iba a partir, le entregó un paquete.

–Adiós, Polly –susurró, con un leve temblor en la voz–. Te echaré mucho de menos.

El paquete era un cartucho de maníes, acompañado de una espantosa fotografía de Tom, que daba la impresión de haber sido tomada a la luz de un relámpago, en medio de una tormenta. Polly no contuvo la risa ante esa graciosa imagen de su amigo. Pero se sintió conmovida por el regalo simple y espontáneo, que reflejaba muy bien el carácter de Tom.

El tren se puso en marcha. Espesas columnas de humo se elevaron en el cielo, y el pitazo, anunciando la partida, resonó como un último adiós. Era el fín del viaje de Polly.

Más tarde, en otra estación, pequeña y solitaria, propia de un pueblo chico, vio los rostros queridos de sus padres y sus hermanos. Poco después volvió a entrar por la puerta de la casa sencilla, donde no existían grandes salones, pero sí el calor de un verdadero hogar: su hogar.

6

Seis años después

Fanny terminó de leer la carta, y antes de volver a guardarla en el sobre, preguntó:

–¿Qué planes se imaginan que tiene Polly para este invierno?

–Ofrecerá conferencias sobre los derechos de la mujer –contestó el joven y elegante caballero que estaba de pie frente a la chimenea, observando, en el espejo, su cabello castaño que aún conservaba tonos rojizos.

–¡No, Tom, nada de eso!

–Se casará con algún granjero –dijo la señora Shaw.

–Más probable es que abra una escuela, o algo así –opinó el señor Shaw, abandonando su periódico, apenas oyó nombrar a Polly.

–Casi adivinaste, papá –afirmó Fanny–. En esta carta me anuncia que viene, que vivirá sola, y que dará lecciones de música para que su hermano Will, que es el estudioso de la familia, pueda ingresar a la universidad. ¿Qué les parece?

–Si está tan bonita como la última vez que nos visitó, es posible que asista a sus clases –bromeó Tom.

–No, la que se convertirá en su alumna soy yo –intervino Maud–. Tú estás de acuerdo, ¿verdad, papá?

–Plenamente. Me hará muy feliz que una de mis hijas cante como Polly. Especialmente esas canciones que tanto le gustaban a mi madre.

El señor Shaw miró con nostalgia hacia el lugar donde ahora estaba el sillón vacío de la anciana dama, y por unos momentos sobrevino un silencio lleno de evocaciones.

–Yo haré lo que pueda por ella –ofreció la señora Shaw, apartando el recuerdo de la abuela–. Si logramos que la tomen como maestra de algunos niños de buena familia, puede tener éxito. Polly tiene modales y aspecto distinguidos.

No terminaba de decir esto, cuando el sol, que asomó inesperadamente en ese atardecer nublado y frío, iluminó la puerta. Todos se volvieron, guiados por el rayo de luz, y vieron a la hermosa joven que se detuvo en el umbral, sonriendo.

–¡Polly! ¿Polly, cuando llegaste? –gritó Fanny, corriendo a recibirla.

–Ayer. He estado ordenando mi nuevo hogar; por eso no vine de inmediato.

El señor Shaw se levantó, tendiéndole los brazos:

–¡Hasta el sol salió para darte la bienvenida, querida Polly! –exclamó, mientras ella lo besaba con ternura.

Tom pensó que estaba más bonita que nunca, y quizás ese pensamiento fue el que retuvo su impulso de abrazarla. Efectivamente, era muy bonita, con sus ojos azules, y su rostro de una armonía perfecta, enmarcado por los rizos castaños. Pero había algo más en Polly; había una serenidad, una finura espiritual que sobrepasaba su belleza física.

Fanny y Maud la llevaron hasta el centro de la sala, y se atropellaron para interrogarla. Polly les informó que contaba con doce alumnos, y que iniciaría sus cursos el día lunes.

–¿Y qué alumnos tienes? –averiguó la señora Shaw– ¿Es gente que te puede pagar bien?

Polly leyó la lista con los nombres de los alumnos, y los Shaw se mostraron muy impresionados.

–¡Todos pertenecen a familias con mucho dinero! –exclamó Fanny.

–¿Cómo conseguiste a los Grey y a los Davenport? –preguntó la señora Shaw, sin reponerse de su asombro.

–Mi mamá es prima de Helen Davenport –explicó Polly–, así es que le escribí, y ella me buscó a todos los alumnos que tengo.

–También nosotros lo hubiéramos hecho, querida –aseveró la señora–. Además, queremos que aceptes a Maud en tus clases. Necesita educar su voz, que es muy linda.

Polly dio las gracias, pero no pudo dejar de acordarse de esos días en que la madre de los Shaw encontraba sus canciones inadecuadas para el gran mundo en que ellos se desenvolvían. Ahora, al contrario, después de enterarse de que la joven estaba emparentada con los Davenport, demostraba gran interés por ayudarla. Cuando supo que estaba viviendo en casa de la señorita Mills, que alquilaba habitaciones, quiso saber si no le faltaban muebles, e insistió en ofrecerle lo que necesitara. Agradecida, Polly le contó que había traído cuanto podía hacerle falta, y, con gracia y picardía, les relató cómo había viajado en un carromato, sentada sobre un sofá, rodeada de canastos, paquetes, baúles, una jaula con un canario y una cesta con un gatito. Todos rieron con los pormenores del viaje, y ni Fanny ni su madre se escandalizaron ante aquella forma muy poco elegante de llegar a la ciudad.

–¿Querrías darnos clases de música a mí y a mis amigos? –inquirió Tom.

–Si verdaderamente se interesan por aprender, y se comportan seriamente, no me opongo.

–Recuerda que Tom ya no es un niño –dijo Fanny, y añadió en tomo malicioso–: Es todo un caballero, y está comprometido.

–¿De veras? ¿Y quién es la novia feliz? –indagó Polly, tomando en broma la noticia.

–Trix. ¿No te lo conté por carta?

Polly hizo un gesto negativo, y miró a su amiga con expresión sorprendida.

–Das la sensación de no creerlo –murmuró Tom–. ¿Acaso no te parezco el hombre más feliz del mundo?

–No, no me lo pareces –declaró ella, con su habitual franqueza.

–¡Por cierto que lo es, y yo también! ¡Estoy muy contenta con este compromiso! –recalcó la señora Shaw.

Dando por finalizado el tema, Tom se excusó, pues debía marcharse, precisamente a visitar a su prometida. Tal vez no se habría ido tan tranquilo, si hubiera sospechado que, apenas el señor y la señora Shaw dejaron solas a las jóvenes, Fanny relató toda la historia del romance con Trix. A esas alturas, ésta ya llevaba rotos tres compromisos, pero el último no lo había terminado ella, sino el novio.

–Esto ocasionó una verdadera tragedia –confió Fanny, con un tono ligero, que demostraba que no creía para nada en aquel drama–. Para consolar a esta desdichada, que se veía desencajada y pálida, ofreciendo un aspecto penoso, yo la invitaba diariamente, y como, pese a su facha y sus aires de dandy, mi hermano es un sentimental, principió a compadecerla y luego cayó en sus redes. Actualmente Trix está más alegre que nunca, coqueteando con medio mundo, y manteniendo al tonto de Tom pendiente de ella.

–¡Pobre Tom! –suspiró Maud.

–Sí, pobre Tom –asintió Polly.

Pasado un rato, Polly invitó a las dos hermanas a tomar el té en su nuevo hogar. Este no era más que una amplia habitación con el piso cubierto por una alfombra de colores vivos, una chimenea y un balcón que daba hacia un jardín. Sin embargo, los muebles, entre los que el piano ocupaba el lugar principal, estaban distribuidos en forma tan equilibrada y armoniosa, que no requerían más espacio. Como únicas compañías, compartían aquel ambiente el gato y el canario.

–Te envidio, Polly –confesó Fanny, observando aquel lugar en el que no existía nada elegante ni lujoso–. Yo estoy tan hastiada de todo lo que me rodea, que creo que me moriré de aburrimiento. ¿Tú jamás te sientes así?

–Yo no tengo tiempo para aburrirme –declaró Polly–. Te haría bien trabajar un poco, aunque no fuera más que en labores domésticas, como barrer o lavar tu ropa.

–No, no sirvo para esas cosas, y no me permitirían hacerlas.

–Te hace falta ser pobre. Si lo fueras, no conocerías el aburrimiento.

–¡Oh, no! –exclamó Fanny– La pobreza me desagrada mucho. Preferiría que se

inventaran diversiones nuevas. ¡Me cansa competir cada temporada para ser la más elegante, e ir a fiestas y bailar la noche entera, y coquetear con todos los caballeros de moda!

Polly presintió que esa confidencia de su amiga y ese tono amargo se debían a un motivo más hondo que el hastío. Pero no era el momento de hacer preguntas. Su deber era estar en guardia para tender la mano en el instante oportuno, y dar más amistad y comprensión.

Tal vez Fanny percibió lo que sentía Polly. El hecho es que pronto volvió a reinar el buen humor en aquella atmósfera ordenada y tibia. Al despedirse, Fanny y Maud besaron y agradecieron a Polly la invitación, pero el abrazo de la primera fue más estrecho, al mismo tiempo que prometió:

–Vendré a verte muy seguido, querida. ¡Me hace mucho bien estar aquí!

7

Pese a que, desde las primeras clases, los alumnos le tomaron cariño a Polly, al poco tiempo ella comenzó a sentirse muy sola. Las pequeñas labores domésticas se fueron transformando en una rutina un tanto monótona; las comidas, sin otra compañía que el gato y el canario, le resultaban tristes; además, su hermano Will solo podía venir una vez por semana, y en sus horas libres lo único que hacía era visitar a Fanny o recibir la visita de ésta.

Polly era una joven sociable, y tuvo que reconocer que echaba profundamente de menos su verdadero hogar, el de sus padres, con sus hermanos, sus discusiones, sus risas y sus pequeños problemas siempre compartidos. Tuvo que reconocer que necesitaba algunas diversiones. A veces, se desvelaba, y se quedaba a oscuras, oyendo el ruido de los coches que pasaban por la calle, murmullos de voces, o una canción lejana, e imaginaba a la gente alegre, que regresaba de la ópera, o se dirigía a alguna fiesta.

También le dolía que el hecho de que una mujer trabajara para ganarse la vida le cerraba muchas puertas, aun estando en la democrática América. Mientras actuó como la amiga de Fanny Shaw, era bien recibida en todas partes, pero como la maestra de música su sitio era bastante marginado.

Fanny no dejaba de invitarla a sus fiestas; sin embargo, Polly solo aceptaba ir a las reuniones estrictamente familiares. El vestido más nuevo que tenía, de seda negra, no era apropiado para recepciones elegantes.

Una mañana en que regresaba a casa, vio venir a Tom y a Trix. Contenta de divisar esos rostros conocidos, atravesó la calle para saludarlos. Fue muy notorio que Trix la observó desde lejos, pero al verla aproximarse clavó los ojos en un punto distante. Por su parte, Tom se hallaba demasiado preocupado de un hermoso caballo que se acercaba trotando, y, aunque lo seguro es que no reparó en la presencia de Polly, ésta creyó que la veía. La pareja siguió avanzando directamente hacia ella, y cuando se cruzaron, nadie le dirigió ningún saludo. Una bofetada en pleno rostro no habría ofendido tanto a Polly, como la ofendió aquel desdén. Las lágrimas rodaron por sus mejillas, pero antes de que alcanzara

a enjugarlas, un apuesto caballero se detuvo ante ella, quitándose el sombrero.

–¡Señorita Polly, qué alegría verla! –Al mirarla más de cerca, su sonrisa desapareció–. ¿Qué le pasa? ¿Puedo ayudarla en algo?

–No se preocupe –dijo ella, buscando su pañuelo–. Es solo que me hiere que mis amigos finjan no conocerme.

El señor Sydney contempló a la pareja que se alejaba, y su rostro se ensombreció. Luego, mientras Polly borraba las huellas de sus lágrimas, se esforzó por sonreír.

–Yo me dirigía hacia su casa –confió–. Mi hermana quiere que Minnie, su hija, estudie canto, y me pidió que hablara con usted...

Polly aceptó dar clases a la sobrina de Sydney, y continuaron hablando sobre música hasta llegar a la puerta de la casa. Allí, él se inclinó para despedirse, con tanta cortesía y respeto, como si ella hubiese sido una gran dama.

Fue innegable que ese encuentro con Sydney levantó el decaído ánimo de Polly, y hasta almorzó con buen apetito. Sin embargo, la herida que había ocasionado el desaire de Tom y Trix, requería un poco más de tiempo para cicatrizar, y esa tarde, durante las clases, se sorprendió repetidas veces evocando el desagradable asunto. Fue por eso que decidió aplicar la vieja receta de hacer una buena acción, o tener una gentileza con alguien, para aliviarse de sus problemas personales. Entonces recordó que Fanny asistiría a un baile que ofrecía Belle esa noche, y decidió ir a ayudarla a vestirse, y llevarle unas camelias que un alumno le había regalado.

En cuanto llegó, la mucama la hizo subir a las habitaciones de Fanny. Ésta se hallaba soportando la tortura a que la sometía el peluquero, quien le estaba convirtiendo la cabeza en una torre, donde se equilibraban postizos, trenzas y rizos.

–¡Polly, eres un encanto! ¡Qué maravilla esas camelias, gracias! Mira mi vestido y dime si te gusta –fue el recibimiento de Fanny, señalando una nube de sedas y encajes en diferentes tonalidades de color rosa, extendida sobre el sofá.

–Es precioso –dijo Polly–. Pero ignoro cómo te vas a meter dentro de él.

–Ya lo verás. Me queda perfecto. Pensaba vestirme de celeste, pero Trix se mandó hacer un traje verde para que yo desluciera a su lado. Afortunadamente, Belle corrió a contarme las intenciones de mi futura cuñada, y rápidamente encargué este. Ahora quiero ver la cara que va a poner Trix.

Polly ayudó a vestirse a Fanny, quien insistió en que le colocara algunas camelias en el pelo. Cuando estuvo lista la contempló, encontrándola excesivamente recargada de adornos.

–Creo que con este peinado y este vestido, más las flores, no necesitarías usar tantas joyas –opinó.

–Si no las uso, pensarían que mi padre está arruinado –comentó Fanny, riendo.

Acordaron que el coche llevaría primero a Fanny a casa de Belle, y luego iría a dejar a Polly. Cuando se detuvieron frente a la entrada principal, Tom y Trix, y un caballero que aguardaba para escoltar a Fanny, se aproximaron a recibirla. Polly contempló el parque iluminado, en el que se advertía el movimiento de gente y de carruajes, propio de las grandes recepciones; oyó la música que venía desde el interior, y se sintió como esos niños que miran detrás de los escaparates de una juguetería. Entonces tuvo que admitir que le habría fascinado ponerse un vestido de Fanny, y haber bailado toda la noche con Sydney o con Tom. “¡Lo pasaría mejor si fuera vieja y fea!”, recapacitó.

No obstante, su tristeza disminuyó al llegar a la casa, y ver a la señorita Mills inclinada sobre su costura. Antes de subir a su habitación, Polly fue a saludarla, y ella la invitó a acompañarla un rato. Pese a que era una mujer mayor, y a lo avanzado de la hora, la señorita Mills no demostraba cansancio.

–Perdona, querida, que siga con mi trabajo –dijo–. Tengo que terminarlo esta noche.

Polly le ofreció ayudarla, y la señorita le pasó una falda para que le hiciera la bastilla.

–¿Qué es esto? –preguntó Polly, examinando la falda blanca de franela–. Parece una mortaja.

–Afortunadamente no. Aunque podría haberlo sido, si no hubiéramos alcanzado a salvar a la pobre niña.

Se refería a Jane Bryant, una jovencita pobre que vivía sola, sin alternar con nadie. La señora Finn, la mayordoma, la había notado muy pálida y demacrada, así es que, al no verla salir de su cuarto el día anterior, supuso que se encontraba enferma, y fue a visitarla. Como Jane no le abrió la puerta, la señora Finn usó su llave y entró. Sobre la cama de la pequeña habitación, casi sin muebles, se hallaba la muchacha, aparentemente sin vida. Había dejado una carta explicando que no conseguía un trabajo decente, y no quería ser una carga para nadie. Decía saber que estaba cometiendo un pecado, pero que en el mundo no existía sitio para ella. La señora Finn corrió en busca de la señorita Mills, y de inmediato fueron a llamar al médico.

–¡Qué terrible! –exclamó Polly, al enterarse de la historia.

–Sí, es muy triste que una niña de diecisiete años sienta que no tiene lugar en el mundo. Quedó huérfana hace un año, y ha batallado sola, aceptando ocupaciones con salarios míseros, con los que no podía sostenerse. Todo esto la deprimió hasta el extremo de no ver más salida que el suicidio. Tú eres sana y valiente, Polly, y sería muy bueno que conocieras a Jane, y la apoyaras.

–¡Por supuesto que lo haré! ¿Dónde está ella?

–La traje conmigo –confió la señorita, señalando la puerta de su propio dormitorio–. En adelante será como mi hija, y este será su hogar.

–¡Usted es una santa! –aseguró Polly.

Avanzó en puntillas por la habitación tenuemente iluminada, y se detuvo junto al lecho. Aquel rostro intensamente pálido la atrajo. Pese a los rasgos casi infantiles, había en él una huella de dolor, una sombra misteriosa marcada por el encuentro con la muerte. Los ojos oscuros de la niña se abrieron y, sorprendida, miró a Polly. Ésta se inclinó y la besó en la frente. Entonces, Jane le echó los brazos al cuello, y lloró calladamente, desahogando su corazón. Después le preguntó si vivía allí. Polly le contó que arrendaba una habitación en el piso superior, que la compartía con su gato y su canario, y la invitó para el día siguiente. Cuando Jane supo que era profesora de música, la observó admirada.

–¡Qué feliz debes ser dedicándote a la música! –afirmó.

Estas palabras hicieron que Polly captara súbitamente el contraste entre su vida y la de Jane Bryant, logrando que todos sus deseos frívolos y sus pequeñas

amarguras se esfumaran.

–Sí, soy muy feliz –admitió–. Ahora duerme, querida. Yo tocaré, desde arriba, una canción para ti.

Ya en su habitación, se sentó al piano, y ejecutó una canción de cuna muy dulce, para que la niña la escuchara y se durmiera tranquila. Al acostarse, apreció lo confortable de su cama, y consideró que su habitación era muy bonita. Había entendido lo que era la verdadera pobreza y los verdaderos sufrimientos, y no podía permanecer impávida frente a ellos. “¿Pero por dónde empezar?”, se preguntó. Como una respuesta, volvieron a sus oídos las palabras de Jane: “¡Qué feliz debes ser dedicándote a la música!”

Sí, eso era. Ayudaría convirtiendo su existencia entera en una canción, que llevaría paz y armonía a todos.

8

Para Polly no había día más feliz que el domingo. Era el día en que venía su hermano Will. Por lo tanto, se levantaba temprano y ordenaba su habitación, se vestía con esmero, y lo aguardaba con todo dispuesto para el desayuno al estilo campesino, con pan y queso frescos, tocino, huevos y frutas. Después del desayuno iban a la iglesia, y por la tarde salían a caminar por las calles de la ciudad, tranquilas y desiertas, como siempre en domingo. También conversaban sobre variados temas e intercambiaban consejos, ya que Will, pese a ser menor que Polly, se consideraba lleno de experiencia por estar en la universidad. Otras veces él se tendía en el sofá, y le pedía que cantara. Ya de noche, ella le arreglaba la maleta con la ropa limpia, lo despedía con un beso, y, desde el balcón, lo miraba alejarse hasta cruzar el puente.

Maud solía ir a tomar el té con ellos. Ya tenía trece años, y no era bonita como Fanny, pero tenía una mirada muy inteligente, y pensaba más que el común de la gente de su medio. Vivía mucho sola, pues ya no iba al colegio. Cuando se hablaba de enviarla a un establecimiento educacional, le sobrevenían dolores a los huesos, jaquecas o cansancio a la vista. Su madre tomaba muy en serio estos males, de los que el señor Shaw se reía. El hecho era que Maud permanecía en eternas vacaciones. En la actualidad, todos sus antiguos sentimientos de rechazo hacia Tom se habían transformado en admiración ilimitada.

Un domingo, sacudido por una fuerte tormenta, en que Tom, tendido en una chaise longue, dejaba que Maud le acariciara la frente, la niña dijo:

–Polly considera que tú eres más buenmozo que Sydney.

–¡Muy gentil de su parte!

–Le pregunté cuál de los dos era más atrayente. Ella contestó que tu rostro era más hermoso, pero que Sydney era mejor.

–¿En qué quedamos? –averiguó Tom, riendo.

–¿Sydney visita a Polly? –interrogó Fanny desde la puerta.

–Yo no me he encontrado con él. Sé que le envió unos libros, y que Will le estuvo haciendo bromas por este motivo.

–¿Eso significa que sonarán campanas de boda? –averiguó Tom con tono frívolo.

Fanny lo observó con una expresión muy seria, y Maud se apresuró en contestar:

–¡No, nada de eso! Polly no piensa en el matrimonio. Cuando Will se reciba de pastor, ella se irá a vivir con él.

–Eso no se puede asegurar –opinó Fanny, y luego, cambiando de tema, preguntó–: ¿Dónde está Trix?

–Supongo que en su casa –murmuró Tom.

–¿Pelearon?

–Es arbitraria. Se niega a bailar conmigo, y se pone furiosa si yo bailo con otra.

–Ya que te comprometiste con ella, soporta sus caprichos. ¿Se puso el sombrero de París?

–Si es una especie de plato azul con un pájaro enorme, cuyas plumas se me metían en la nariz; sí, se lo puso.

–¡Es un sombrero precioso! Lo que pasa es que tú no entiendes de estas cosas.

–Te equivocas. Yo sé cuándo una mujer es elegante, y Trix no lo es. Tú eres elegante, y no usas colores violentos, ni guantes verdes. ¡Me enferman los guantes verdes! Maud, tráeme una caja de cigarros, por favor –rogó Tom a la hermana menor, y en cuanto ésta salió de la habitación, se levantó de la chaise longue, y se acercó a Fanny–: ¿Trix se pinta?

–¿Por qué lo sospechas?

–Se escabulle cada vez que voy a besarla en las mejillas, y apenas me permite que le roce los labios. Ayer, al sacar unos jazmines que estaban en un vaso, le salpiqué la cara con agua, y antes de que yo se la secara con mi pañuelo, corrió

al espejo y se enjugó con mucha suavidad. Pero al volver a mi lado, tenía una mejilla mucho más rosada que la otra.

–¡Todas las chicas se ponen colorete, se echan polvos, toman terrones de azúcar empapados en belladona para tener los ojos brillantes, y se oscurecen las pestañas con horquillas quemadas!

–¡Horrible! –exclamó Tom– Eso está bien para las artistas.

–Yo, por el momento, no necesito esos artificios –manifestó Fanny–, pero hay otras que sin ellos se ven muy desabridas.

–¿Polly también?

–¡No!

Al entrar Maud, ambos callaron.

–¿De qué hablaban? –indagó la muchacha, y al no recibir respuesta, añadió en tono sentencioso–: Es una mala educación que se queden mudos. Polly lo consideraría así.

–¡Deja de nombrar a Polly a cada instante! –gritó Fanny, bruscamente exasperada– ¡Estoy cansada de que la saques como ejemplo a cada rato!

Por suerte en ese instante anunciaron que venía Will a buscar a Maud, y la discusión no continuó. Fanny se fue a encerrar en sus habitaciones, malhumorada.

Después, cuando Maud se marchó con Will, Tom ordenó que le sirvieran el té en la biblioteca. No le veía muy buenas perspectivas a ese atardecer de domingo. Sus padres habían ido a una exposición, Fanny sufría de una repentina jaqueca y Trix estaba furiosa. Entonces se le ocurrió la idea de ir a casa de Polly para traer a Maud. Le ahorraría una caminata a Will y, de paso, se distraería en un ambiente distinto.

Antes de que dieran las ocho, subió la escalera que conducía hasta el hogar de Polly. La puerta estaba entreabierta, y adentro chisporroteaban los leños en la chimenea. Tom esperó un rato antes de entrar, y alcanzó a oír parte de la conversación:

–Siempre se dice que cuando un joven no sirve para otras profesiones, se decide que sea pastor –comentaba Will.

–Sí, a papá le dijeron lo mismo –recordó Polly–. ¿Y sabes lo que él respondió?: “Me hace feliz que el más inteligente de mis hijos se entregue al servicio de Dios, que es lo más alto a que un hombre puede aspirar”. Además, siempre sostuvo que cada uno de nosotros debía seguir su propio camino, de acuerdo a su conciencia.

–Es muy positivo que tu padre piense así –opinó Tom, entrando y, para disculparse por aparecer tan inesperadamente, añadió–: He venido a recoger a Maud.

–¡Todavía es muy temprano! –protestó la niña.

–Y estamos tan impresionados de verte por aquí, que, por lo menos, tendrás que honrarnos por un rato con tu visita –sostuvo Polly, ofreciéndole el sillón para que se sentara.

Tom aceptó, y propuso llevar a Maud y a Will en su trineo. Cuando Polly le convidó maníes, se sintió a sus anchas, y confesó que era como estar en los viejos tiempos.

Pasadas las nueve de la noche, resolvieron emprender el regreso. Will se apartó a un rincón a ponerse sus botas, y Maud fue a envolver una manzana que había asado en la chimenea. Aprovechando ese momento, Polly dijo:

–Gracias, Tom, por todo lo bueno que has sido con Will.

–Yo no he hecho nada –negó él.

–¿Crees que ignoro que lo llevaste donde tu sastre, y que le hizo un traje que, inexplicablemente, le costó la mitad del precio? Conozco tu forma de ayudar, sin que la gente se entere de tu ayuda. Will es solo un muchacho, pero ocupa el lugar de Jimmy en mi corazón, y por eso...

–Yo siempre haré todo lo que pueda por él –la interrumpió Tom, estrechando las manos de ella.

Todos se despidieron de Polly con un beso fraternal, y ella, como de costumbre,

le recomendó a su hermano:

–No olvides de ponerte la bufanda al cruzar el puente. Cuídate, querido.

Después, Tom, Will y Maud se instalaron en el trineo, y partieron velozmente, mientras Polly los miraba desde el balcón.

Esa noche Tom pensó que, finalmente, aquel había resultado un domingo muy agradable. Antes de irse a acostar, Maud fue a despedirse de él:

–Cuídate, querido –le dijo, con tono maternal, imitando a Polly–. Que tengas felices sueños.

9

Algunas semanas después de la llegada de Jane Bryant, Polly recibió un mensaje de Fanny, en que le recordaba que esa tarde se reunía El Círculo de Costura, y contaban con su asistencia.

La señorita Mills, que había subido a llevarle la misiva, observó el rostro de Polly, y preguntó si se trataba de algo desagradable. Polly le leyó el mensaje, agregando que esas reuniones le parecían un pretexto para que las jóvenes adineradas se juntaran a conversar frivolidades e intercambiar los últimos chismes.

–Podría ser una buena oportunidad para conseguirle un trabajo a Jane –sugirió la señorita–. Ella sabe coser y bordar muy bien, y está ansiosa por ganar algo, por no depender íntegramente de mí.

–Temo que se burlen, si toco un tema tan serio –confesó Polly.

–¿Y qué importan sus burlas si tú estás luchando por una causa importante?

–Me duelen –admitió Polly–. Si actualmente me señalan como anticuada, intentar que reflexionen y se interesen por el dolor ajeno las hará tildarme de reformista, o algo por el estilo.

–La preocupación y el amor por los más pobres se llama caridad cristiana, querida Polly, y es una moda muy antigua. Principió hace más de mil ochocientos años.

–¡Haré lo posible! –prometió Polly.

Dos horas más tarde, en casa de los Shaw, se enfrentó al conjunto de jóvenes elegantísimas, cada una con un bolso o canastilla de labores más primoroso que la otra, hablando todas simultáneamente, mientras las torpes y cuidadas manos cosían todo al revés.

–Te agradezco que hayas venido –dijo Fanny, llevándola a sentarse entre Belle y Alice Perkins, una joven fría y circunspecta.

Belle la recibió con alegría, aproximando su silla a la de Polly, y de inmediato comenzó a contarle las continuas peleas de Tom y Trix.

Fanny, que era la presidenta del Círculo, observó a los grupos que no paraban de hablar.

–No conversen tanto –recomendó–. El mes pasado nosotras enviamos mucho menos ropas que las otras damas.

–Es porque las viejas se llevan el trabajo a la casa y se lo encargan a sus costureras –declaró Belle.

–Mi mamá dice que este invierno es muy duro y los pobres no van a resistir, así es que la que quiera llevarse trabajo a la casa, puede hacerlo. No importa quién lo realice –autorizó Fanny.

–No dispongo de tiempo nada más que para reunirnos una vez por semana –declaró Alice Perkins–. Además, los pobres jamás están conformes con lo que reciben.

–Yo tengo a tres mujeres cosiendo mis cosas, que debo tener listas antes del verano –comunicó Trix–, y necesitaría una más, pero cobran precios elevadísimos...

–El costo de la vida ha subido para todos –puntualizó Emma Davenport, a la que encontraban rara, porque vestía con gran sencillez, pese a que su padre era riquísimo–. Eso justifica los precios altos.

–¿Emma y tú son de la misma familia? –indagó Belle.

–Sí, y eso me enorgullece –confió Polly–. Si toda la gente rica fuera como los Davenport, ni los criados constituirían un problema, ni los obreros pasarían hambre.

–Y si esa gente gastara lo que debe, no molestaría como molesta –objetó Trix–. Lamentablemente, ya no se distingue a una señora de su mucama, porque pretenden ser más elegantes que nosotras.

–En Europa, los criados usan siempre su uniforme de criados –comentó Alice Perkins.

–Eso lo dice, pero no lo practica –susurró Belle, en el oído de Polly–. Le paga a la doncella con sus vestidos viejos en vez de dinero. ¿Y sabes lo que pasó el otro día? La mujer fue de paseo con el traje color violeta que Alice usó bastante, y el señor Curtis, que es más corto de vista que un topo, las confundió, y se acercó a saludar a la doncella.

Aunque hablara en secreto, la forma en que Belle contaba aquella historia era muy graciosa, y Polly estalló en una sonora carcajada. Pero su risa se cortó bruscamente al escuchar lo que estaba diciendo Trix:

–¡No soporto seguir oyendo hablar de pordioseros y pobreza! ¡Son todos unos embaucadores, que podrían mantenerse por sí solos trabajando, si no contaran con nuestra ayuda! ¡Se le hace demasiada propaganda a la caridad!

–¡Eso no es verdad! –refutó Polly–. ¡Es increíble que podamos sentirnos en paz, existiendo niños que se mueren de hambre, y muchachas, menores que nosotras, a las que no les queda más camino que el suicidio!

Un silencio pesado se apoderó bruscamente de la sala. Después de unos momentos, Trix se sobrepuso y lo rompió:

–¡Es absurdo que nos hagamos eco de las noticias sensacionalistas que publican los periódicos! –exclamó– Las inventan para atraer el gusto sórdido de ciertos lectores.

–¡Yo estoy hablando de lo que he visto con mis ojos, no de lo que he leído! –sostuvo Polly– ¡Ustedes viven tranquilas y felices, sin vislumbrar el mundo de miseria que las rodea! Sin embargo, si pudieran siquiera imaginarlo, les dolería el corazón, como me duele a mí.

–¿Sufres del corazón? –preguntó Trix, con acento mordaz–. No lo habría creído, ya que tu aspecto es tan saludable.

–Lo que es de ti, nadie podría decir que tienes un corazón que sufre, querida Trix –aseveró Belle, con ironía–. Lo que pasa es que a Polly y a mí nos faltan años para tener tu frialdad, y todavía podemos sentir compasión –y agregó, bajando la voz–: Especialmente de Tom.

Estas palabras fueron un golpe violento para Trix, que era una de las mayores del grupo. Además, todas opinaban que Tom era su víctima. Pero antes de que ella contestara a este ataque, intervino Emma Davenport:

–A todos nos atrae leer novelas que tratan sobre los desposeídos y describen sus angustias, pero cuando llega el momento de enfrentar la pobreza real, nos negamos a verla. ¿Por qué?

–Por cobardía –aclaró Polly–. Es mucho más cómodo cerrar los ojos y convencernos de que todos esos dramas, cuya lectura nos conmueve, solo existen en la imaginación de un escritor. Pero no es así. Hace pocos días conocí a una niña de diecisiete años que intentó suicidarse, porque estaba en la más completa miseria.

–¡Cuéntanos, por favor! –pidieron Belle y Emma Davenport.

Entonces Polly relató la historia de Jane Bryant, mientras todas las jóvenes dejaban a un lado sus costuras y la escuchaban. Cuando terminó, la mayoría de los ojos estaban velados por las lágrimas. Alice Perkins se hallaba impresionada, y Trix guardaba silencio, cabizbaja.

Sorpresivamente, Fanny cogió un valioso plato de porcelana, y luego de colocar en él cinco dólares, fue por la sala, recogiendo lo que cada una quería dar. Belle, que andaba sin dinero, dejó su dedal de oro en el plato.

Polly recibió, conmovida, todas las donaciones, y dijo que Jane las pagaría con trabajo, pues no precisaba limosnas, sino oportunidades para ganarse la vida y amistad.

En un impulso súbito y contradictorio, Trix aseguró que le encomendaría todas sus costuras, y que también le ofrecía una habitación en su casa. Polly respondió que Jane ya tenía un hogar, pues la señorita Mills la había acogido, pero agradeció con afecto la buena disposición de Trix.

A partir de ese momento, las señoritas de El Círculo de Costura parecieron transformadas, dulces y sonrientes. Siguieron charlando, pero el tema fue la verdadera caridad, el amor por los más necesitados, que resultó ser más interesante y novedoso que los rumores y chismes de los salones. Para varias jóvenes, pasado el primer entusiasmo, aquella no fue más que una conversación emocionante de la que se olvidaron con el correr de los días. No obstante, Polly

ganó la batalla, porque Fanny, Belle y Emma Davenport fueron amigas de Jane, y le dieron toda su ayuda, hasta el punto de lograr que la niña se sintiera renaciendo, en un mundo donde había un lugar digno y feliz para ella.

10

Después de muchos días lluviosos, el sol entró una mañana por el balcón de Polly, haciéndola sentirse con ánimos de romper la rutina y salir a divertirse. Decidió, entonces, comprar dos entradas, de las más económicas, para la ópera, e invitar a su hermano.

Sin embargo, cuando llegó a la boletería del teatro, se encontró con que estaban agotadas todas las localidades. Para no sentirse demasiado decepcionada, se fue a tomar una copa de helados, en vez de volver a la casa, y luego se encaminó a dar su lección de canto a Maud. Al llegar, Fanny salió a recibirla; parecía estarla esperando:

–¿Podrás venir? –preguntó.

–¿Adónde?

–¿Es que no te entregaron mi nota?

–Salí en la mañana y no he vuelto a casa.

–Tom quiere que vayamos con él a la ópera.

–¿A la ópera? ¡Maravilloso! Justamente estuve tratando de conseguir entradas.

–Me alegro. Te prestaré mi capa blanca, y todo lo que necesites –ofreció Fanny–. Tomaremos el té, y te vestirás aquí.

–Antes iré a buscar un vestido y otras cosas –contestó Polly, pensando en comprarse un sombrero y guantes nuevos.

Al terminar la clase de Maud, se dejó llevar por un impulso, y se compró la armazón de un sombrero, tules, una rosa de terciopelo y un par de guantes muy finos.

“Tengo que verme muy elegante, aunque me alimente de pan y agua la próxima

semana", se dijo, confeccionando aquel sombrero que cualquiera confundiría con uno recién importado de París.

Maud estaba interpretando un vals en el piano, en el momento en que Polly regresó a la casa de los Shaw, y, en cuanto Tom la vio, la cogió por la cintura, haciéndola girar al compás de la música. Se sentía más animado y alegre desde que Trix se había marchado por una semana a Nueva York. Después, cuando Polly iba subiendo hacia las habitaciones de Fanny, lo escuchó comentar:

–Vestida elegantemente, su belleza deslumbraría.

Quizás estas palabras fueron el principal motivo por el cual se arregló con exagerado esmero. El sombrero le quedaba perfecto, y, por último, al envolverse en la capa blanca, orlada de plumas de marabú, reconoció que estaba muy hermosa, y le fue imposible rechazar los brazaletes de oro y perlas y el gran abanico blanco de Fanny.

–¡Eres una diosa! –exclamó Tom, dándole su total aprobación.

Por rara coincidencia, en el palco vecino al de los Shaw, se encontraban Sydney y Frank Moore. Al contestar el saludo de los caballeros, Polly notó una expresión pícara en el rostro de Tom. También captó esa mirada de Sydney, atónita por la transformación de la tímida joven. Y, pese a que ella no tenía intenciones de coquetear, la atmósfera del teatro, las luces, el saberse bonita y elegante, hicieron posible que demostrara verdadera destreza en el arte de la coquetería. Tom se hallaba un tanto desconcertado, pero admitía que la insospechada actitud de su amiga la volvía más encantadora. Sydney, por su parte, pensó que Polly dejaba de ser una jovencita hermosa para convertirse en una mujer exquisitamente atractiva. "¿Y por qué no una excelente esposa?", se preguntó, recordando que su hermana le insistía en que ya era tiempo de sentar cabeza.

Al caer el telón, al final de una escena que arrancó estruendosos aplausos, Tom comentó:

–Menos mal que en la vida real los hombres no somos tan ciegos como el galán. Es absurdo que ignore que ella lo ama.

–En la vida real a veces son más ciegos –sostuvo Polly.

–¿Qué puede saber usted de esa ceguera? –inquirió Sydney, sonriendo incrédulo.

–No mucho, en verdad –contestó ella, mirándolo a los ojos.

–Es difícil imaginarte arrastrándote en un mar de lágrimas por un amor imposible –opinó Tom.

–Tienes razón. Yo no haría tal cosa. Lucharía con todas mis fuerzas para sobreponerme. Las mujeres no deben volverse tontas por una desilusión amorosa.

–Ni quedarse solteronas cuando son bonitas.

–Nada de eso le ocurrirá a la bella y dulce señorita Milton –aseguró Sydney.

Al finalizar la función, mientras iban saliendo del teatro, Polly escuchó a Fanny preguntarle a su hermano:

–¿Cuál supones que será la reacción de Trix al enterarse de esto?

–No entiendo de qué hablas –respondió él.

–De tu comportamiento de esta noche.

–No me preocupa.

–Tú sabes que Trix detesta a Polly.

–Yo pienso en forma totalmente opuesta. Además, no hay ninguna razón para que no pueda pasarlo bien, mientras ella está en Nueva York.

–Ten cuidado con las consecuencias. Por lo que he visto hoy, Polly ha despertado.

–Me alegro. Ya era tiempo. También creo que Sydney se alegra. Por favor, Fanny, no quiero oír sermones; necesito descansar de ellos, por lo menos esta semana. –Diciendo esto, Tom se volvió hacia Polly, ofreciéndole su brazo.

Ella disfrutó caminando lentamente hasta que llegaron al carruaje, rodeada de la algazara general y los comentarios de la gente.

–Les agradezco mucho –dijo al despedirse–. Lo pasé maravillosamente.

–Igualmente yo –respondió Tom, reteniéndole la mano–. Salgamos mañana de nuevo.

–No. No se debe abusar de los momentos felices.

–Ya discutiremos eso. Buenas noches, “bella y dulce señorita Milton”, como te llamó Sydney. Que sueñes con los ángeles. –Tom hizo una reverencia, en tanto que ella entraba en la casa, y subió al coche.

“Bueno, hasta aquí llegaron las vacaciones”, se dijo Polly al meterse en su cama. “Mañana hay que recuperar la cordura”. Y apagando la luz se dispuso a dormir.

Sin embargo, no todo era tan simple, y aquella noche de diversión costó un precio más alto que el sombrero y los guantes. Polly había querido pasar un buen rato, y hubo otras consecuencias: Tom principió a desear que Trix fuera como Polly, la amistad de Fanny se enfrió, y Sydney se puso a construir castillos en el aire.

Tres semanas más tarde, Tom le preguntó a su hermana por qué Polly no venía tan seguido como antes. Fanny contestó que parecía estar ocupada con amistades nuevas, tales como modistillas, la anciana señorita Mills y gente por el estilo.

–Mi impresión es que no se trata solamente de modistillas y ancianas –rebatió él, y, ante la mirada interrogante de Fanny, agregó–: Creo que Sydney se cuenta entre las amistades que le quitan más tiempo.

–¿De dónde sacas esa tontería?

–Últimamente los he encontrado no menos de cinco veces caminando juntos.

Un relámpago de ira encendió las pupilas de Fanny.

–Si es así, sería una gran suerte que ese romance se formalizara –dijo con voz áspera.

–Suerte para Sydney.

–¿Y para ella no? El es rico, inteligente, bien parecido... ¿Qué más puede pedir

Polly?

–No la veo desempeñándose como señora dedicada a la vida social. Polly tendría que casarse con uno de esos hombres que pretenden reformar el mundo...

–¡Por favor, no te comportes como el perro del hortelano, Tom! –interrumpió su hermana.

–No es mi intención –esclareció él–. Mi interés por Polly es completamente fraternal. ¿Acaso lo dudas?

En ese momento le avisaron a Tom que su caballo estaba listo, y el joven se marchó. Fanny permaneció en la habitación, moviéndose de un lugar a otro, angustiada.

–¡Bueno, lo único que me queda es esperar –reflexionó en voz alta. Pero luego pensó–: “Hoy es el día libre de Polly. Iré a verla, y descubriré si toda esta historia es verídica”.

Polly destinaba las mañanas de los sábados a limpiar a fondo su habitación, y cuando Fanny llegó estaba terminando esta tarea.

–Me sentía preocupada por ti –manifestó Fanny, aparentando serenidad–. No creo que dar lecciones de música te quite tanto tiempo. ¿O es que también estás tomando clases?

–Has adivinado –dijo Polly, con sinceridad–. Es precisamente eso lo que me absorbe.

–¿Clases de amor?

–No exactamente. Solo de amistad y solidaridad.

–¿Y puedo preguntarte el nombre de tu maestro?

–No es una persona la que me enseña. Son varias, y la más importante es la señorita Mills. Las otras son un grupo de mujeres jóvenes, que me encantaría presentarte.

–¿Y una de ellas te manda violetas? –inquirió Fanny, observando el ramo que

había sobre el piano.

–No, las violetas me las trae un hombre; un hombre demasiado importante para mí; un ramo todas las semanas.

–¡Jamás pensé que pudiera quererte tanto! –exclamó Fanny, inclinándose sobre el ramo de violetas para disimular su malestar.

–No hablo mucho de nuestro cariño, porque no todos comprenden que dos hermanos se quieran como yo quiero a Will, y él a mí.

–¿Dijiste Will? ¿El te trae violetas? –El rostro de Fanny pasó de un intenso rubor a una exagerada palidez.

Polly la observó fijamente:

–¿Imaginaste que era... Sydney quien me las mandaba?

–Por favor, no te enojes. Es que Tom los ve a ustedes a menudo por la calle, y pensó que existía un romance entre Sydney y tú.

–Debería controlar más su imaginación. El hecho de que una se encuentre con un amigo, no justifica tejer una historia romántica.

El alivio que Fanny experimentó al oír la firme declaración de su amiga, se desbordó en un torrente de lágrimas. Bruscamente, Polly comprendió todas aquellas preguntas, y la actitud distante. “¡Dios mío, esto es lo que la pobrecita me ha estado ocultando!”, pensó, y la abrazó, cariñosa, consolándola.

–Necesitaba llorar –susurró Fanny–. Pero ya estoy mejor. Es que me afectan las continuas jaquecas, y estoy cansada.

–Es muy comprensible. Principiaste a desenvolverte como una señorita de sociedad cuando eras todavía una niña, así es que a los veintiún años tienes que sentir cansancio. Quizás a mí me pasaría lo mismo; aunque creo que si tuviera dinero haría cosas muy útiles.

–Las haces, sin necesidad de dinero. Bueno, ya no me lamentaré más. Arréglate y vamos a dar un paseo.

–Te convido a ver a unas amigas –propuso Polly–. No son elegantes, pero te gustarán.

Bastante cerca, en el ático de un edificio, vivían Becky Jeffrey, una escultora que, a juicio de Polly estaba dotada de extraordinario talento, y Bess Small, excelente dibujante y grabadora. Becky, alta, de hermosos rasgos, y cabellos rizados y cortos, se hallaba en un extremo de la amplia habitación, trabajando en una gran figura hecha en arcilla, mientras Bess, una muchacha rubia y delgada, sentada junto al ventanal grababa algo, sumergida en su labor. Polly les presentó a Fanny, y les pidió que prosiguieran con sus ocupaciones. Ambas saludaron sonrientes, poniéndose a conversar sin abandonar el trabajo.

–¿Qué les parece? –preguntó Becky, quitando el paño que cubría el rostro de su escultura.

–¡Es bellísima! –exclamó Fanny, sinceramente admirada.

–¿Y para usted qué representa, qué es?

–Posiblemente una musa, o una santa –murmuró Fanny, pero mirándola más detenidamente, definió–: No, no es eso. Es una mujer más grande, más hermosa, más atractiva, más plena que todas las que nos rodean.

–¡Muy buena interpretación! –aplaudió Polly– Has captado con exactitud la escultura de Becky.

–Es mi concepto de la mujer del futuro –explicó la artista–. Efectivamente, más bonita y más grande que las mujeres de la actualidad; sin embargo, una mujer auténtica, capaz de ser madre tierna, y a la vez desarrollar su inteligencia y sus posibilidades en distintos campos profesionales. Lo que aún no tengo claro es el símbolo que debe llevar en sus manos.

–Un cetro –sugirió Fanny.

–La historia está llena de reinas que se quedarán en el pasado.

–Dale la mano de un hombre para que la ayude –opinó Polly.

–No la necesita –replicó la escultora–. La mujer del futuro podrá abrirse camino y defenderse sola. Tiene un cuerpo atlético, una mente clara, un alma libre, un

corazón resistente.

–Un lindo símbolo sería un niño en sus brazos –indicó Bess.

–¡Es que ella sirve para muchas cosas más que para dar a luz! – objetó Becky.

La voz potente de una mujer, que había entrado sin que la notaran, se dejó oír desde la puerta:

–¡Pon entre las manos una urna para votar!

–¡Es una brillante idea, Kate! –exclamó Becky, y todas se volvieron hacia la nueva visitante.

–¿Quién es ella? –susurró Fanny en el oído de Polly.

Polly le presentó a Kate King, la escritora de éxito, autora de una novela que estaba de última moda en esos días. A pesar de que su vestuario no la preocupaba para nada, Fanny la miró como si hubiera sido un modelo de elegancia y refinamiento.

Kate traía una canastilla con bollos y naranjas para el almuerzo. A esto se agregaron sardinas, pan y queso, que tenían Becky y Bess, y Polly bajó a comprar dulce de castañas y nueces.

–Considere esto como un picnic, Fanny –aconsejó Becky.

–Eso es –asintió Kate–. Nos sentaremos en el suelo, y trataremos de ensuciar muy pocos cubiertos.

Fanny olvidó las formalidades y las buenas maneras, encantada con la libertad que reinaba en aquel lugar. Tenía la sensación de estar descubriendo un mundo nuevo, poblado por una raza de mujeres diferentes, que en nada se emparentaban con sus amigas que consagraban la existencia a bailar, aburrirse y competir en lujos. Pensó que los hombres debían respetar y admirar a esta clase de mujeres, y que por eso Polly le encantaba a Sydney.

–¿Está por salir otra edición de tu nuevo libro, Kate? –averiguó Polly.

–En esta semana y, sin duda, vendrán muchas más –contestó la novelista–. Pero

yo sé que la fama es una trampa que exagera nuestras cualidades y nos inflama el corazón; que nos embriaga como un vino añejo, y que cuando se aleja nos deja igual que a los peces fuera del agua. –Hizo un gracioso gesto, mientras se comía una sardina y, cambiando bruscamente de tema, anunció–: Te traje unas entradas para un concierto, Polly; y a ti, Becky, esta invitación para una exposición de esculturas. Desde que salí del anonimato, me llueven estas cosas.

Fanny observó a Kate, y luego la escultura de Becky:

–¡Quisiera verla en mármol! –exclamó con entusiasmo.

–¡Ojalá fuera posible! –respondió Becky.

Las cinco se quedaron en silencio unos momentos, soñando en que esa mujer ideal fuera en el futuro de carne y hueso.

Cuando el reloj de una iglesia vecina dio la una, Polly se levantó rápidamente.

–Tengo que irme volando –comunicó.

–¿No es tu día libre? –inquirió Fanny.

–Sí, pero se trata de una niña con talento que no puede pagar clases de música; es mi deber enseñarle.

–Eres un personaje que incluiré en mi próximo libro –decidió Kate.

Al abandonar el estudio de Becky y Bess, mientras bajaban por la interminable escalera, Fanny expresó su admiración por las amigas de Polly, a las que consideraba inteligentes y honestas, y quería frecuentar de nuevo.

–Pienso que tú y ellas me pueden indicar el camino para mejorar –reflexionó.

–Estaremos dichosas de mostrarte lo feliz que se puede ser trabajando sin necesidad de fortuna –prometió Polly, deseando que aquella niña mimada y ociosa llegara a apreciar los tesoros que a veces poseen los pobres, y que los ricos jamás ven.

11

Esa noche, sentada frente a la chimenea, con el gato ronroneando sobre sus rodillas, Polly reflexionó, llegando a la conclusión de que no era imaginación, ni vanidad, lo que le indicaba que Sydney estaba enamorado de ella.

“¿Qué pasaría si me pide que me case con él, y acepto?”, se preguntó. “Sería gracioso ver las caras que pondrían todas las que han intentado atraparlo, entre ellas Trix”. Respiró hondo, y siguió meditando: “Podría sacar a mi familia de la pobreza, darles a mis hermanos todo lo que les falta. Tendría mucho dinero, amigos, diversiones. Sydney es un hombre generoso, bueno, inteligente, y sé que se esforzaría por hacerme feliz, pero... ¡no, yo no lo amo! Le tengo profundo afecto, solo como amigo; no podría enamorarme de él y consagrarle toda mi vida”. Olvidándose del gato, se levantó bruscamente, y fue hacia el balcón.“¡Pobre Fanny!”, se dijo. “Esta es su posibilidad de ser feliz, y yo no puedo interponerme. Sé que si yo no existiera, Sydney podría corresponder a los sentimientos de Fanny. Ella es la mujer ideal para él, y mi único deber es ayudarla”.

El día lunes, en vez de dirigirse a sus clases por las hermosas avenidas que bordeaban el parque, caminó haciendo un rodeo por otras calles poco concurridas, evitando el diario encuentro con Sydney, quien se sintió sumamente defraudado al no divisarla. Durante una semana mantuvo esta táctica, y también se privó de ir a visitar a los Shaw. Para favorecer sus planes, Minnie, la sobrinita de Sydney, cogió un fuerte resfrío, y suspendió su lección, haciendo que el tío perdiera la esperanza de hallar a la maestra de música en su casa.

El sábado siguiente, Polly se encaminó, como era habitual, a donde Becky y Bess. Sin embargo, no resistió el deseo de pasar, siquiera por unos momentos, a ver a Fanny. Al entrar, vio dos sombreros sobre el arrimo del hall. Preguntó quiénes estaban de visita, y la mucama le informó que uno de los sombreros era de Tom, que acababa de llegar, y el otro pertenecía al señor Sydney. Ante el estupor de la criada, Polly fingió recordar un compromiso urgente y salió escapando. Ya en la calle, tuvo una súbita sensación de soledad y ganas de llorar.

No obstante, ya que Sydney se hallaba con Fanny, bien podía caminar libremente por donde quisiera, y echó a andar por la calle que cruzaba el parque, orillada de almendros que principiaban a florecer. El sol se abría paso, dejando atrás las nubes, y por la vereda circulaban cochecitos de altas ruedas, guiados por niñeras o jóvenes madres, llevando niños felices que reían. Parejas de enamorados paseaban, tomándose disimuladamente de las manos, intercambiando promesas en voz baja, mientras que algunos matrimonios, ya entrados en años, buscaban algún escaño donde sentarse a disfrutar del aire tibio. Polly avanzaba tan absorta en esa historia de amor que iba leyendo a lo largo de la calle, en cada rostro que sonreía esperanzado, en los perfumes de la naciente primavera, que no vio cómo surgió Sydney a su lado. Parecía haber corrido mucho, pues estaba sin aliento, pero no escondía la felicidad que experimentaba al verla.

–Está haciendo calor –dijo, y se puso a caminar junto a ella. En seguida preguntó–: ¿No ha ido a dar lecciones donde los Roth?

–Sí, como siempre.

–¿Y de qué manera misteriosa llega a la casa?

–Más misteriosa es la forma como usted apareció aquí.

–Por casualidad la divisé desde la ventana, en casa de los Shaw, y corrí por la calle de atrás –confesó él, con total franqueza.

–Es precisamente el camino que tomo para ir donde los Roth –dijo Polly, conmovida por la sinceridad de Sydney.

–¿Por qué?

–Bueno..., de repente me aburro de hacer lo mismo todos los días...

–¿También se aburre de encontrarse con los mismos amigos?

Se produjo un breve silencio, que ella rompió cambiando de tema:

–Esta es la época en que el parque se pone más lindo...

–Comprendo –murmuró Sydney–. Y últimamente se ha privado de disfrutar de él por esquivar mi compañía.

–¡Oh, no, eso no! –negó Polly, temerosa de herirlo.

Sin embargo, Sydney era demasiado honesto, y orgulloso a la vez, y prefería encarar la verdad.

–Me marcharé de la ciudad por un tiempo largo –comunicó–. Así usted podrá pasear por donde quiera, sin dar motivo a los rumores de los que nos ven juntos.

Fue en ese instante cuando Tom, montado en su fino caballo negro, pasó a cierta distancia y, luego de saludarlos, se alejó al galope. Quizás un destello en la mirada de Polly, al ver a Tom, precipitó la despedida de Sydney. Dijo adiós, y se marchó rápidamente, sin dar tiempo a que ella agregara nada.

Polly continuó su camino, pero la calle ya no le narraba una alegre historia de amor. Aunque no estuviera enamorada de Sydney, este no era un final feliz. Al contrario, pensó que había perdido para siempre al único pretendiente que quizás tendría en su vida.

Durante varios días prefirió no ver a Fanny, pero ésta llegó a visitarla una tarde. Después de informarle sobre las conocidas tormentas en las relaciones de Trix y Tom, se refirió a Maud:

–Me preocupan sus ideas extravagantes –se lamentó–. Odia estudiar, y declaró que le fascinaría ser mendiga, para recorrer calles y no tener ninguna obligación.

–Bueno, tiene trece años. Minnie sostuvo que le gustaría ser paloma para andar en los charcos...

–Minnie es la sobrinita de Sydney, ¿no? –interrogó Fanny, y antes de que Polly asintiera, lanzó otra pregunta–: ¿Cuándo regresa su tío?

–No estoy informada.

–Y tampoco te interesa saberlo. ¡No te has portado bien con el pobre Sydney!

–¿Cómo...?

–Ni mi hermano ni yo somos ciegos. Si un caballero sale escapando de una casa para correr tras una dama que divisa por la ventana, y en seguida se lo ve con ella en el parque... ¿qué se puede deducir si luego parte de viaje

precipitadamente?

–¿Quién es el autor de esta historia?

–¡Por favor, Polly, sé sincera! ¿Realmente, no lo amas?

–No, no lo amo.

–¿Y él? ¿Él está enamorado de ti?

–No soy yo quien debe responder a esa pregunta. La verdad es que jamás llegó a decirme que me amaba, y ya no lo hará. De lo que estoy segura es de que se sentía comprendido y contento a mi lado, y es posible que este entendimiento se hubiera convertido en un sentimiento más hondo, si yo no le hubiera demostrado que no podía ser.

–¿Eso hiciste?

–Se lo insinué, y como él es un gran caballero, no insistió.

–¿Y no pensaste en lo conveniente que era, para ti, llegar a ser la esposa de Sydney?

–Lo pensé, Fanny, pero yo soy rara, como me califican tus amigas, y prefiero ser una maestra de música solterona antes que venderme por una posición social y económica.

–¡No, ni lo uno ni lo otro! –gritó Fanny, emocionada–. Tú te casarás con el hombre del que te enamores, y tendrás un hogar feliz!

–¡Ojalá fuera así! –suspiró Polly.

–Lo dices como si se tratara de algo imposible –anotó Fanny, sospechando que la sensata Polly podía ocultar penas sentimentales que ella ignoraba–. ¿Por qué no confías en mí, tal como yo en ti?

–¿Tú confías en mí aún?

De golpe Fanny sintió que se le revelaba la verdad:

–¡Oh, Polly! ¡Polly querida! ¡Ahora veo todo claro! ¡Lo hiciste por mí!

–Tenía que elegir entre un pretendiente y nuestra amistad –dijo Polly, abrazando a su amiga.

12

Polly nunca podría olvidar aquel anochecer en que sintió el impulso de acudir a casa de los Shaw. Maud estaba sentada al pie de la escalera, y se levantó a abrazarla:

–¡Qué bueno que hayas venido, Polly!

–¿Ocurre algo malo, Maud?

–Me imagino que espantoso, porque mi papá está encerrado en la biblioteca, Tom se pasea por el comedor y mi mamá está arriba con Fanny, llorando las dos.

–¡No te asustes, querida! Quizás no sea una cosa tan seria. Mejor vamos a la salita...

–No, Polly –interrumpió la niña–. Antes debo saber qué sucede. Estoy segura de que es un asunto terrible, ya que apenas llegó mi papá, subió a ver a mamá, y ella no ha parado de llorar. Fanny no me deja entrar a verla. Cuando mi papá bajó, se fue directo a la biblioteca, y desde adentro dijo que estaba muy ocupado.

Polly se sentó en la escalera a acompañar a Maud, intentando calmarla, pero principió a sentir una extraña sensación de miedo, hasta que apareció Tom.

–¿Cómo estás? –preguntó ella.

–Pésimo. Necesito hablar contigo.

Luego de convencer a Maud de que fuera a esperar a su dormitorio, y que le comunicaría cualquier novedad, Polly siguió a Tom hasta la sala.

–Cuéntame de una vez qué te ha pasado –lo urgió.

–Lo más malo que puedas imaginar.

–¿Te suspendieron de clases o descubriste que Trix te engaña?

–Mucho peor. Me expulsaron de la universidad. –Observó a Polly, y se sorprendió de que ella respirara tranquila–. ¿No lo encuentras horrible?

–Pueden ocurrir cosas más graves. ¿Lo sabe tu papá? –Ante un gesto negativo, ella sostuvo–: ¡Tienes que decírselo, Tom!

–Es que hay otra cosa que papá ignora, y es que debo muchísimo dinero. Él siempre paga mis deudas, pero la última vez me advirtió que se le había agotado la paciencia, y que no contara con él en adelante.

–¿Y si vendes tu caballo?

–Ya lo hice, Polly, y me dieron la mitad de lo que vale. Con eso no pagué ni la tercera parte de mis deudas.

–¡Dios Santo, Tom! ¿Cuánto debes?

Debía una suma que ella consideró una fortuna, y no quiso ni pensar cómo podían despilfarrarse esas cantidades. Sin embargo, se negó a ser ella quien le comunicara al señor Shaw la expulsión de Tom. No era propio de un hombre esconderse entre las faldas de una mujer, y enviarla como emisaria para resolver un problema que le correspondía solucionar a él. Así es que Tom se dirigió a conversar con su padre, con la expresión de un condenado a muerte que va a enfrentar al verdugo.

Polly se quedó junto a la puerta entreabierta, escuchando el ruido de las voces que venían desde el otro lado del pasadizo. Las palabras de Tom se le perdieron en un murmullo indescifrable, y luego percibió las notas más bajas de la voz del señor Shaw, pero tampoco pudo hilvanar frases completas. Una exclamación acongojada de Tom fue lo último que oyó. En seguida, él volvió a la sala, intensamente pálido, tembloroso.

–¡Mi pobre papá! ¡Jamás lo hubiera sospechado!

–¡Dime qué le ocurre!

–¡Ha tenido que declararse en quiebra! ¡Lo ha perdido todo!

–¿Y qué hará?

–Entregar cuánto tiene, y enfrentar la bancarrota. Ha estado batallando para sostenerse sin decirle nada a nadie, pero ahora se ha rendido.

–Entonces esta era la causa del llanto de tu madre y de Fanny. ¡Si yo pudiera ayudarlo...!

–¡Puedes, Polly! Tu presencia será un consuelo. Lo que es yo, precisamente en el momento en que debería apoyarlo, he descargado sobre él mis problemas. Y ni siquiera se enojó; solo me dijo que debíamos tener paciencia el uno con el otro.

Tom agachó la cabeza, abrumado, conteniendo un sollozo. Entonces, Polly se dejó llevar por un ímpetu irrefrenable, y le acarició el cabello con inmensa ternura. Sentía una gran pena por lo que estaba ocurriendo, y, simultáneamente, no podía evitar la dicha que le producía dejar que sus dedos resbalaran y se hundieran en el pelo de Tom, al que amaba profundamente. Comprendía que era inútil dar alas a ese sentimiento, pero también era inútil que lo negara. Tom era su único amor, desde su primera visita a la casa de los Shaw, desde los catorce años; su único amor, pese a las faltas que cometía, al compromiso con Trix y a la indiferencia. Mientras lo acariciaba, pensó: “Si Trix se interesa únicamente en su dinero, es probable que ahora termine con él. Yo, en cambio, por ser pobre lo querré doblemente”.

Un rato después, fue a ver a Fanny, que la esperaba en su dormitorio. Se sorprendió al encontrarla muy calmada.

–Lo lamento infinitamente por mis padres. Pero por mí, casi me alegro –dijo–. Tendré la obligación de echar a un lado mi pereza.

–Quizás no estén tan mal –opinó Polly–. Hay gente que ha quebrado y sigue llevando la misma vida...

–No será el caso nuestro. Papá no quiere que nadie pueda decir nada contra su honestidad, así es que hará entrega de todo, salvo de una propiedad que es de mi madre.

–¿Y dónde vivirán?

–Nos mudaremos a una casita que tenía mi abuela materna.

–¡Me encanta esa casita! –intervino Maud, que entraba en ese momento–. Tiene

un jardín muy lindo, y un ropero empotrado en la pared de uno de los dormitorios. Creo que no es tan espantosa la quiebra.

–No sé lo que opinarás cuando perdamos los coches, los criados y la ropa elegante –masculló Fanny–. Supongo que yo tendré que manejar la casa, así es que tendrás que enseñarme, Polly.

–Yo te ayudaré –anunció Maud–. A mí me encanta cocinar y limpiar.

–Además, las amistades nos abandonarán –continuó Fanny, sin escuchar a su hermana–. Eso fue lo que les pasó a los Merton cuando el padre se arruinó.

–Los verdaderos amigos no se alejarán –aseguró Polly–. Especialmente uno, que será más leal que nunca.

–¿De veras crees que será así? –averiguó Fanny, agradecida ante esa esperanza.

–Sí, lo creo. Pero ahora me parece que llegó el momento de que vayan a ver al papá. Más tarde seguiremos conversando.

–Iré siempre que vengas tú. No sé qué decirle.

–Demuéstrale que confías en él, y que lo quieres más que nunca.

–Yo le diré que estoy feliz de vivir en la casita chica –aseguró Maud.

El fuego ardía en la chimenea de la biblioteca, y la luz era muy tenue. El señor Shaw se hallaba en su sillón, sumergido en sus preocupaciones, cuando las jóvenes entraron.

–Papá querido, hemos venido a acompañarte –le comunicó Fanny, abrazándolo.

–No estamos tristes –susurró Maud.

El señor Shaw las rodeó con sus brazos, y preguntó:

–¿Y mi otra hija? ¿Dónde está Polly?

Ella, que se había quedado en la puerta, corrió a darle un beso, y averiguó si deseaba ver a Tom. Él contestó afirmativamente, y Polly fue a buscarlo. Solo se detuvo un instante frente al espejo del pasadizo, para confirmar que estaba

bonita.

Al acercarse a Tom, observó que se encontraba sereno, y dispuesto a hacer frente a los conflictos. Al saber que su padre quería verlo, cogió a Polly de la mano:

–Vamos los dos.

Padre e hijos conversaron largamente, y recién los jóvenes se enteraron de las innumerables dificultades que ese hombre valiente había sobrellevado en completa soledad, mientras ellos vivían despreocupados, rodeados de lujos y frivolidades. Sin embargo, hoy estaban unidos, dispuestos a encarar juntos el futuro. La única que dormía, en el piso superior, era la señora Shaw, que, a juicio de Polly, estaba haciendo lo que jamás una buena esposa debía hacer: pensar exclusivamente en ella y en sus dolencias, en vez de estar al lado de su marido.

–Pasaremos esta crisis, niños –prometió el señor Shaw–. Será solo un período difícil, durante el cual tendremos que olvidar el orgullo, y tener en cuenta que la pobreza no es una afrenta, pero que sí lo es la deshonra.

Polly, que sabía lo que era ser pobre, se dijo que quizás, a la postre, la prueba que sus amigos estaban atravesando resultaría positiva, y hasta la señora Shaw acabaría transformándose en una mujer esforzada y feliz.

Al despedirse, las niñas besaron a su padre con un afecto que nunca habían manifestado. Tom no lo besó, pero le demostró su gran cariño estrechándolo en un abrazo, mirándolo con admiración.

13

En las semanas que siguieron, los Shaw fueron aprendiendo muchas cosas nuevas, entre las que la principal era la rapidez con que desaparecía la fortuna. El señor Shaw mantuvo una enorme energía, y su honestidad conmovió a la mayoría de los acreedores, que concedieron plazos para cubrir las deudas. En pocos días abandonaron la gran mansión, y se trasladaron a la casa pequeña. También comprobaron que los grandes amigos no huían junto con la riqueza, ya que durante el remate muchas personas se quedaron con objetos valiosos, para devolverlos más tarde a sus dueños. Fue lo que ocurrió con la colección más valiosa de libros del señor Shaw, con el piano de Fanny, y con algunos cuadros, porcelanas y joyas de la señora Shaw.

Por desgracia, no se cumplieron las esperanzas de Polly con respecto a la señora. Lejos de convertirse en una mujer luchadora, se recogió en su lecho el mismo día que se mudaron, y ahí se instaló a llorar miserias. Fanny, en cambio, aunque ignoraba todo lo relacionado con trabajos domésticos, superó momentos de desaliento, y se esmeró por lo que jamás le había interesado cuando tenían dinero: construir un hogar acogedor. Maud no tuvo problemas. El cambio de ambiente y de medios era una novedad, a la que se entregó contenta, colaborando con la mejor voluntad en los quehaceres. Polly prestó toda la ayuda que se requería de ella; clavó alfombras, lavó y colgó cortinas, dispuso una y otra vez la ubicación de los muebles, y no descansó hasta que la casa se convirtió en un lugar realmente agradable. Tom fue el que menos se adaptó. Aparte de los problemas de su familia, él tenía que sobrellevar los propios. Ahora que no disponía ni de posibilidades para seguir una carrera universitaria, ni de dinero para malgastar, valoraba tardíamente lo perdido, y se revolvía entre la depresión y los remordimientos. Su orgullo lo obligaba a esconderse, ya que sufría igual si lo criticaban por haber sido un irresponsable, que si lo compadecían. Además, tenía la sensación de que sobraba en la casa. Las chicas estaban siempre ocupadas, y lo rechazaban cuando él pretendía compartir sus labores. Por suerte, todo el amor de la señora Shaw, que ya se había volcado en su hijo desde que él se transformara en un joven elegante, pareció aumentar en esos días, y el saberse indispensable para su madre, ayudó a Tom a recobrar sus decaídas energías.

Una mañana, en que acompañaba a la señora en su habitación, vio por la ventana a su padre que se alejaba por la calle. “Ha envejecido de repente”, comprobó, observando la espalda levemente encorvada y el paso lento del señor Shaw. “Pero así y todo, va a su oficina todos los días, y hace lo posible por sostenernos, mientras que yo, el joven, me quedo de ocioso en la casa, entre las mujeres. Tendría todo el derecho para sentirse avergonzado de mí”. Sin pensarlo más, le dio un beso a su madre, cogió su sombrero, y salió corriendo.

–¿Me permites que te acompañe, papá?

–¡Por cierto, Tom, encantado!

La expresión del señor Shaw fue una mezcla de sorpresa y alegría, y rápidamente se tomó del brazo de su hijo, y su manera de caminar se volvió más ágil, en tanto que comenzó a charlar animadamente sobre nuevas perspectivas de negocios.

Tom observó que muchas personas con que se cruzaban en la calle saludaban con gran respeto a su padre, y que a él le dirigían frías miradas interrogantes.

“Debería irme lejos de aquí, donde nadie me conozca”, reflexionó. “Mejor habría sido que hubiera aprendido un oficio que ahora nos pudiera sacar de apuros, en vez de tanto latín y griego”.

Esa tarde, al regresar a casa, se puso a calcular cuánto costaría viajar a Australia. Sin embargo, las voces que venían desde la cocina lo distrajeron. Fue hacia allá, y encontró a Polly y a Maud, muy ocupadas preparando un pastel de ciruelas.

–¿Necesitan un pinche de cocina? –preguntó desde la puerta.

–Entra si quieres, y ponte ese delantal para que no te ensucies –indicó Maud.

–Siempre me gustó ayudarle a la abuela cuando preparaba tortas –manifestó Tom, dejando que Polly le amarrara un delantal en la cintura y le pusiera un tazón con claras de huevo entre las manos.

–¡Bátelas con energía –le ordenó–. Yo iré a buscar más huevos.

Mientras Polly fue a la despensa, Maud dijo:

–Tú que sabes mucha historia, Tom, puedes decirme si existía un Sir Phillips en la época de la reina Isabel.

–Sí, hubo un Sir Phillips Sydney, que vivió en la segunda mitad del siglo XVI.

–¡Ah, ése es, por supuesto! ¡Se referían a él!

–¿De qué hablas, Maud?

–Fanny y Polly estaban conversando anoche, en un tono muy misterioso, sobre una persona, y para despistarme, principiaron a llamarlo Sir Phillips. Está claro que se trataba de Sydney.

–¿Y qué decían?

–No entendí bien, porque hablaban en clave. Se veían muy animadas y contentas.

–¿Y cuál era la más contenta?

–Las dos rieron mucho. La más entusiasmada parecía Polly.

Cuando Polly volvió a la cocina, Tom la observó, tratando de descubrir una señal, algo que revelara sus sentimientos. Sin embargo, la mirada azul y la dulce sonrisa de la joven no transparentaban nada oculto. Sin saber por qué, Tom se sintió súbitamente abatido.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, al entrar en el comedor, halló a la familia reunida allí, y lo saludaron con abrazos, deseándole:

–¡Un feliz cumpleaños, Tom!

Había obsequios de todos encima de la mesa. No tan caros y finos como los de otros años, pero elegidos cuidadosamente, con paciencia y sacrificios, y, por lo tanto, más valiosos como símbolos del cariño que permanece inalterable en medio de las dificultades. Tom consideraba que él no merecía nada; no obstante, reconocía que era su deber no defraudar a quienes intentaban ofrecerle un día feliz.

Pero fue en la tarde, al reunirse a tomar el té, cuando recibió el regalo que lo

emocionó más. Era un exquisito pastel de ciruelas con un ramo de flores.

–Tú tienes tantas cosas, que no se me ocurría qué regalarte –explicó Polly–. Entonces me acordé que la abuela te preparaba siempre un pastel así, y que tú decías que no sería un buen cumpleaños sin tu pastel. Ojalá me haya resultado igual.

–Tiene que estar muy bueno, porque tú mismo batiste los huevos –le recordó Maud.

El pastel estaba exquisito, y todos lo saborearon felices, hasta la señora Shaw, que se había levantado en honor a su hijo. En medio de la celebración, Maud fue a recibir dos cartas que habían traído para Tom. El examinó los dos sobres, y pidió permiso para retirarse a su habitación.

–¿Quiénes le escribirán? –preguntó Maud, con manifiesta curiosidad.

–Deben ser felicitaciones por su cumpleaños –contestó la señora Shaw.

Transcurrió un largo rato sin que Tom regresara al comedor, tanto que el señor Shaw tuvo que excusarse, ya que tenía una reunión en su oficina, y la señora le pidió a Maud que la acompañara a su dormitorio, pues empezaba a sentirse fatigada.

Fanny y Polly ya comenzaban a inquietarse, pensando en una mala noticia, cuando escucharon la voz de Tom:

–¡Polly, ven, por favor!

Al oír el llamado, Polly se quedó paralogizada.

–¡Anda! ¿Qué esperas? –la apremió Fanny– ¡Me muero por saber qué pasa!

–No, es mejor que vayas tú...

–Es a ti a la que está llamando. ¡Apúrate!

Empujada por Fanny, Polly se dirigió al dormitorio de Tom.

–Entra –la invitó él.

–¿Es algo malo?

–No, no te asustes. Solo quiero tu opinión respecto a un regalo que he recibido. No sé si aceptarlo. –Cogió una carta y se la pasó–. Léela, y dime qué opinas.

Polly leyó la nota, y al llegar al final estaba tan indignada, que arrugó el papel y lo tiró en medio de la habitación.

–¡Opino que esa mujer es despreciable! –exclamó– ¡Una calculadora fría y sin sentimientos!

–¡Oh, me confundí! ¡No era esa la carta que quería mostrarte! –confesó Tom, avergonzado–. Aunque... bueno, de todos modos tenías que saberlo. La que me interesa que leas es esta. –Rápidamente le entregó la otra carta.

–Si es tan horrible como la que acabo de leer, prefiero no hacerlo –murmuró Polly.

–¡No, nada de eso! –Tom acercó un sillón, y le ofreció asiento–. Cada vez que me hallaba en una dificultad, consultaba a la abuela –declaró–. Ella siempre me consolaba, o me daba un consejo sabio. Ahora que ella se fue de este mundo... ¿te importaría ocupar su lugar, y aconsejarme, como lo harías con Will?

–Haré lo que pueda –contestó Polly, sentándose, con la nueva carta entre las manos.

Tom se alejó hasta la ventana para dejarla leer en libertad, y en seguida volvió a su lado:

–¿Qué me dices? –indagó.

–¡Que es el regalo de cumpleaños más maravilloso que alguien podría hacerte! –opinó Polly, llena de alegría–. Además, la delicadeza de Sydney hace imposible que lo rechaces.

–Así es. No solo ha cancelado todas mis malditas deudas, sino que lo ha hecho como si él no fuera más que un simple emisario mío. Únicamente mi padre habría hecho algo semejante, si hubiera podido –reconoció Tom–. Realmente me quita de encima un peso inmenso, ya que muchos de mis acreedores no estaban en condiciones de darme un plazo largo para pagarles. Sydney, en cambio, me

podrá esperar.

–¿Significa que no lo aceptarás como un regalo?

–No, Polly, no mientras tenga un par de manos para trabajar. ¿No estás de acuerdo?

–Sí, por cierto. ¿Y ese trabajo, cómo piensas lograrlo?

–Posiblemente marchándome a Australia, o a uno de esos países donde es fácil ganar dinero en forma rápida.

–¡Oh, no! –suspiró ella– ¡No puedes irte tan lejos!

–Comprendo que será un motivo de tristeza para mamá –consideró Tom, sin reparar en la angustia que a Polly le producía la sola idea de que se fuera a otro país–. Lo que no me gusta es que mucha gente lo interpretará como una fuga.

–Sí, eso no me extrañaría.

–A propósito de posibilidades de salir a flote, te escuché hablar sobre lo bien que le va a tu hermano Ned en su negocio, y que deseaba que Will fuera al oeste...

–Es cierto, pero Will no abandonará la universidad. Él se ha trazado una meta, y tiene que alcanzarla.

–¿Y tú crees que yo podría ir al oeste?

–¡Por supuesto! –respondió Polly– Tú y Ned serán grandes amigos, y él estará encantado de que trabajen juntos. ¿Quieres que le escriba?

–Hazlo. Según lo que conteste, hablaré con mi padre. Él me ha dicho que todo trabajo honrado es digno de respeto, y que no olvide que él se inició como chico para los mandados. Por eso es que hoy se siente capaz de reiniciar la lucha, y está seguro de que volverá a salir adelante.

Durante unos momentos, ambos guardaron silencio, reflexionando. Tom recogió la carta de Trix, y la rompió en pedazos que lanzó al canasto de papeles.

–¿Esto te sorprendió mucho? –preguntó.

–Nada.

–A mí sí, porque cuando vino la bancarrota, le propuse romper nuestro compromiso, y ella se negó a hacerlo. Ahora comprendo que solo pretendía darse tiempo para averiguar hasta qué extremo llegaba el desastre económico de mi padre. Hoy ya lo sabe, y en vista de eso declara que no quiere ser una carga, y todas esas palabras huecas.

Lo cierto es que Tom Shaw, el rico heredero, era conveniente, y que Tom Shaw, sin un centavo, puede irse al infierno.

–Lo que no sospecha es que jamás ocurrirá eso, y que Tom Shaw llegará muy lejos –aseveró Polly, desafiante.

–Si he de ser sincero, yo estaba convencido de que Trix y yo no éramos el uno para el otro. Por lo tanto, ni siquiera puedo guardarle rencor –confió Tom–. ¿Mañana le escribirás a Ned?

–Lo haré esta misma noche. –Polly se levantó, dando por terminada la conversación–. ¿Debo informar a tus hermanas sobre la generosidad de Sydney y el final con Trix?

–Sí, es mejor –autorizó él, y añadió–: ¡Gracias por todo lo que has hecho por mí! –Luego, la miró a los ojos y, sorpresivamente, la besó–. ¡Perdona, no pude evitarlo! –musitó– La abuela me pedía siempre que la besara después que yo oía sus consejos.

Polly meditó en que tomar el lugar de la abuela podía resultar muy agradable, pero también peligroso.

14

Ned respondió en forma muy positiva a la carta de Polly, y después de intercambiar otras misivas, y barajar algunos proyectos, Tom resolvió su viaje.

Por cierto, el señor Shaw estuvo plenamente de acuerdo, y aunque Fanny, Maud, y especialmente la señora Shaw, lloraron su partida, entendieron que era lo mejor para él. Sydney lo acompañó, animándolo y prestándole apoyo, como un hermano, y Will estuvo feliz de que Tom ocupara su lugar al lado de Ned.

Al iniciarse el verano, Tom partió rumbo al oeste, y Polly decidió ir a pasar las vacaciones a casa de sus padres.

Entretanto, Fanny fue la única que permaneció en la ciudad, ya que Maud aceptó acompañar a Belle a la playa, y ella debía permanecer a cargo de la casa y del cuidado de su madre. Afortunadamente, Sydney la visitó bastante, hasta el día en que también él se fue de vacaciones, como la mayoría de la gente que se refugiaba en la costa o en el campo. Después, la constante correspondencia con Polly, intercambiando noticias sobre Tom, fue casi la única entretención que le ofreció a Fanny ese verano. A través de las cartas de Ned a Polly, y del propio Tom a su madre, se sabía que éste se hallaba muy bien, trabajando con gran empeño, dispuesto a abrirse camino y llegar a una meta segura.

Esos meses fueron descansados para Polly. Sin embargo, cuando regresó a la ciudad y fue a visitar a Fanny, ésta se mostró sorprendida al verla.

–¿Has estado enferma, Polly? –averiguó.

–No. ¿Por qué me preguntas eso?

–Porque estás muy delgada y pálida.

–Quizás me ha hecho falta el trabajo –dijo Polly, esquivando la mirada penetrante de su amiga, y agregó–: A ti, en cambio, se te ve espléndida.

–Dime algo, Polly –exigió Fanny–: ¿No estás arrepentida de no haber aceptado a Sydney?

–¡No! ¿Por qué me preguntas eso?

–¡Porque tú sufres por algo, y es inútil que lo niegues!

–¡Pero no por Sydney! –gritó Polly– Yo jamás me casaría con él, porque... ¡bueno, porque no lo amo!

Fanny guardó silencio unos instantes, observándola.

–Si no es a él, debe ser a otro –afirmó–. ¿Quién es, Polly? ¿Yo lo conozco?

–Sí...

–¿Y es un hombre excelente?

–No.

–¡Si tú te enamoraste de él, debería serlo!

–¡Por favor –suplicó Polly–, no insistas en hacerme hablar! ¡No ahora!

–Está bien –aceptó Fanny, con voz resignada, al comprender que era imposible forzar una confidencia.

–Cuéntame de ti. ¿Todo está bien?

–Creo que sí. Al menos tengo la esperanza de que Sydney me quiere un poquito más cada día. La verdad es que no quise hacerme ilusiones hasta que papá notó algo, y me hizo algunas bromas.

–¡No sabes cuánto me alegro! Tu papá no puede equivocarse.

Contenta con esta respuesta, Fanny fue en busca de un paquete de cartas, del que sacó una fotografía de Tom.

–Llegó con su última carta –comunicó–. Está trabajando tan esforzadamente, que me siento orgullosa de que sea mi hermano.

–Él es mucho más buenmozo de lo que se ve aquí –opinó Polly–. Debe ser por la barba...

Fanny se volvió y captó la expresión de la joven, las manos que temblaban levemente al sostener la fotografía.

–¡Polly, no puedo creerlo! ¡Es Tom! –exclamó– ¡Me alegro, Polly!

La otra permaneció en silencio, pero su secreto era demasiado transparente. Finalmente dijo, con voz apagada:

–Es algo imposible.

–¿Imposible? ¿Hay algún impedimento?

–Sí, se llama Mary Bailey.

–¿Qué dices? ¿Esa muchacha del oeste?

–¿Tom la menciona en sus cartas, verdad?

–Solo de pasada, porque él y tu hermano Ned alquilan habitaciones en la casa de la madre de ella. ¡No, Polly, esa chica no es un impedimento entre ustedes!

–Te equivocas. Ned dice que es bien educada y bonita, y que cree que Tom se ha enamorado de ella.

–¡Déjame que yo hable con él!

–¡Oh, no, Fanny, eso no! ¡Te lo prohíbo! –protestó Polly– Es terrible amar sin ser correspondida, pero sería mil veces peor si él lo supiera.

–De acuerdo, no diré nada –la tranquilizó Fanny–. Sin embargo... ¿qué te parecería si yo le escribiera a Tom, preguntándole por su vida sentimental? Sería muy natural que lo hiciera.

–Acepto. Siempre que me muestres la carta antes de enviarla.

–Convenido –acató Fanny–. Creo que te estás ahogando en una gota de agua, y que en el fondo no hay nada entre Tom y esa señorita Bailey.

Aquel invierno Polly no fue la joven entusiasta y abnegada que siempre había sido. Se mostraba poco comunicativa, con un aire un poco ausente, siempre evitando conversaciones íntimas. Esto extrañó a Will, quien no logró saber qué le ocurría.

Del oeste no llegaban respuestas satisfactorias a las cartas de Fanny. Tom declaraba amar desesperadamente a alguien, sin esclarecer a quién, y lo escribía en una forma tan graciosa, que era imposible tomarlo en serio.

Al comenzar la primavera, Fanny llegó una tarde a visitar a Polly. Parecía radiante y a la vez seria.

–Vengo a anunciarte que una persona se ha comprometido –comunicó en tono solemne.

–¡No, no me lo digas! –gimió Polly.

–¡No, querida, si no es Tom! ¡Soy yo! ¡Sydney me propuso matrimonio!

–¡Qué felicidad! –exclamó Polly.

–Me declaró que me ha observado durante todo el invierno, y que ha aprendido a amarme cada día más.

–¡Él es el marido que tú mereces! ¡Y tú eres la mujer para él!

–Sí, y yo te agradezco una vez más que no lo hayas guardado para ti –confesó Fanny.

–Eso fue una equivocación, y la culpa la tuvo tu capa blanca –dijo Polly, riendo, y en seguida averiguó–: ¿Le escribiste a Tom, contándole?

–No. Avisó que viene la próxima semana, y entonces le daré la sorpresa. Además, descifraremos todos los misterios.

Tres días después de que Fanny le anunciara su compromiso con Sydney, Polly llegó a la casa de los Shaw, y Maud la recibió hablando en forma acelerada, llena de agitación.

–¡Polly, ven, acaba de preguntar por ti! Está en el dormitorio de mamá. Llegó

antes de lo que suponíamos. Lo vas a hallar extraño con esa barba, pero se ve espléndido.

Sin alcanzar a pensar en nada, Polly corrió, arrastrada por Maud, hasta la habitación de la señora Shaw.

Y ahí estaba. Pero la vista se le nubló, y solo sintió los brazos fuertes que la estrechaban, y oyó una voz cambiada, más gruesa:

–¿Cómo estás, Polly?

Cuando se calmó, pudo mirarlo: Tom parecía llenar la habitación.

No era que estuviera mucho más alto, ni más gordo; eran sus ademanes grandes y seguros, la falta de preocupación por los detalles de la etiqueta social, la actitud del que acostumbra respirar y moverse al aire libre, lo que agrandaba su porte. La piel muy tostada, la barba, las botas, hacían el resto, borrando todo rastro del joven elegante.

Apenas llegó Fanny, le comunicó a su hermano la sorpresa que ella le tenía, y él no disimuló su agrado.

–¿Y a ti qué te parece, Polly? –indagó.

–Me alegra mucho –contestó ella.

–Bien –dijo Tom–, es magnífico que todos estemos felices. Espero que también les gustará otro compromiso del que se enterarán muy pronto.

Después de decir esto, Tom se fue a su habitación con Sydney, mientras Polly y Fanny intercambiaban miradas en que se mezclaban temor, impotencia y furia.

Polly no supo jamás cómo resistió las horas que siguieron, hasta que decidió escapar. Pero no tuvo éxito, porque no alcanzó a llegar a la puerta, cuando la voz de Tom la detuvo:

–¿Te vas sin dejar que te acompañe, y sin siquiera despedirte?

–Pensé que querías estar con tu familia, y...

–¡Tú eres parte de mi familia! –Tom la sujetó por los hombros, reteniéndola–: Necesito decirte algo importante, Polly.

–Ya lo sé, y deseo que seas muy feliz –susurró ella, haciendo esfuerzos para no llorar.

–¿Qué cosa?

–Cuando hablaste de otro compromiso, ya sabía que te referías al tuyo con Mary Bailey.

–¿Yo y Mary? –Tom la observó perplejo– ¡Yo no tengo nada que ver con ella! ¡Es tu hermano Ned el que se va a casar con Mary!

–Como tú hablabas de Mary en todas tus cartas, Fanny y yo pensamos que...

–¿Que estaba enamorado? ¡Lo estoy, pero no de ella! ¿Te interesa saber cómo se llama la mujer que yo amo? –averiguó– ¡Se llama Polly! ¡Polly Milton! ¡Y es la única a la que verdaderamente he amado!

Al escuchar esto, ella no supo si reír o llorar. Por último, hizo ambas cosas, abandonándose en los brazos de Tom.

Más tarde, cuando ambos volvieron a la realidad, como después de un sueño, Polly preguntó:

–¿Y por qué te fuiste sin decirme nada?

–No podía hacerlo hasta saber que Sydney no se interponía entre los dos. Recién hoy, Fanny me ha sacado de esa duda.

–¿Y hemos perdido un año, Tom? Un año en que yo he sufrido creyendo que tú amabas a la novia de mi hermano, mientras tú suponías que yo quería al novio de tu hermana. ¡Qué absurdo, mi amor! ¿Pero de veras estabas enamorado de mí antes de irte?

–¡Mira! –indicó él, sacando de su bolsillo una billetera con documentos, y entre ellos una flor marchita, envuelta en papel de seda–. Es una de las rosas que pusiste en mi pastel de cumpleaños.

–Yo también he guardado un recuerdo tuyo –confesó Polly, emocionada, y le mostró su relicario. En un lado, se veía ahora la fotografía que Tom le había regalado a los catorce años, al despedirla en la estación, y en el otro, un mechón de pelo rojo que ella le había robado a Maud.

–¿No te importará vivir en el oeste, y que no pueda ofrecerte más que lo que gano con mi trabajo? –preguntó Tom.

–Lo único que deseo es compartir tus esfuerzos y ayudarte.

–Entonces te prometo que un día podrás sentirte orgullosa de tu marido –aseguró Tom–. Porque lo más importante en la vida de un hombre es una mujer con la que pueda enfrentar todas las batallas.